



**CRONICA DE LA
CENA JOCOSA
DE 1992**



**AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN**

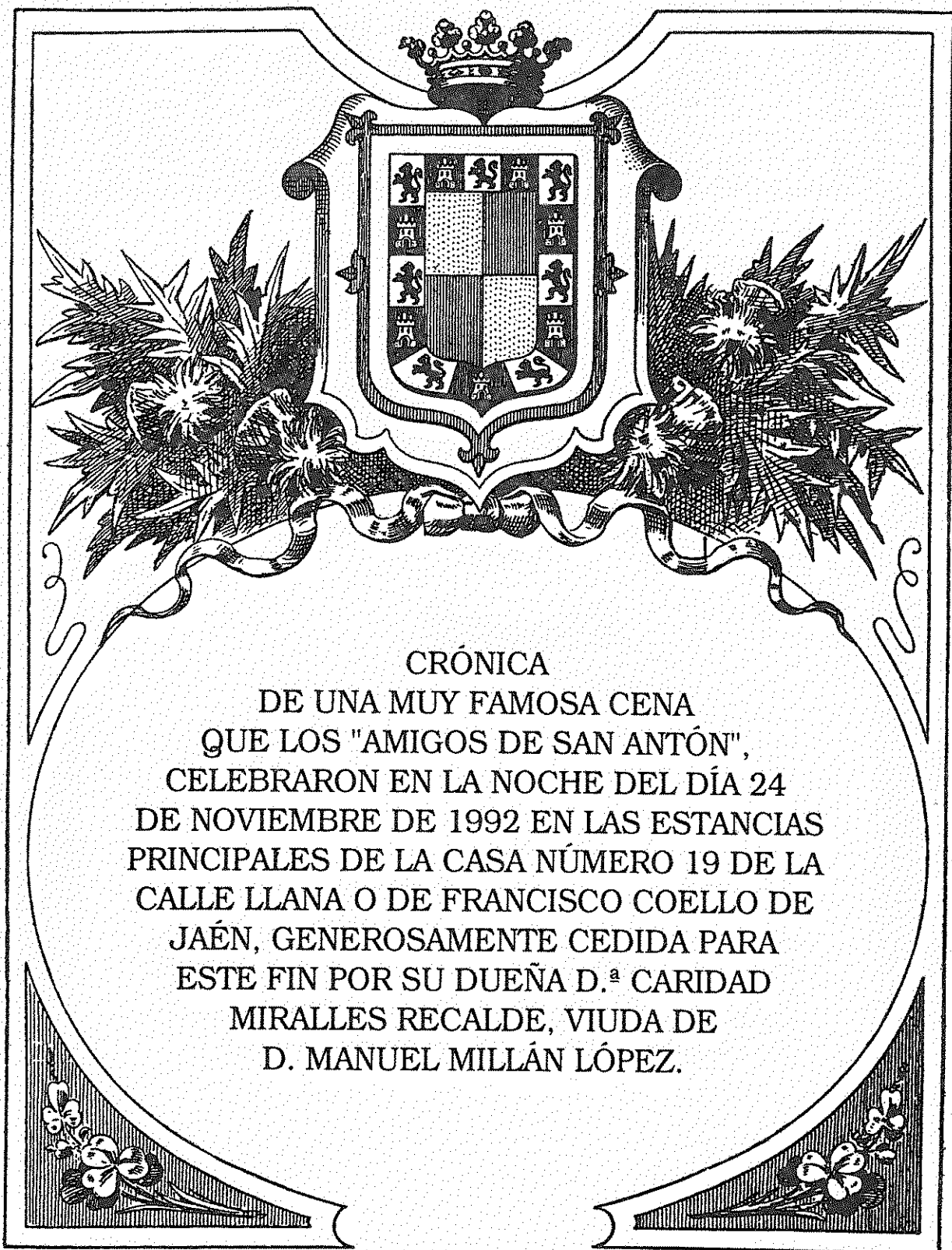


EJEMPLAR N.º

6

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

R. C. C.



CRÓNICA
DE UNA MUY FAMOSA CENA
QUE LOS "AMIGOS DE SAN ANTÓN",
CELEBRARON EN LA NOCHE DEL DÍA 24
DE NOVIEMBRE DE 1992 EN LAS ESTANCIAS
PRINCIPALES DE LA CASA NÚMERO 19 DE LA
CALLE LLANA O DE FRANCISCO COELLO DE
JAÉN, GENEROSAMENTE CEDIDA PARA
ESTE FIN POR SU DUEÑA D.^a CARIDAD
MIRALLES RECALDE, VIUDA DE
D. MANUEL MILLÁN LÓPEZ.



SUMA DE PRIVILEGIO Y CENSURA

Por esta Cédula despachada en Jaén a veinte días del mes de agosto de mil novecientos noventa y tres, se concede al señor DON JUAN HIGUERAS MALDONADO, Miembro de HONOR de esta Confraternidad PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, en atención a que no sólo ha sido redactada con fieltad y esmero, sino que en su momento debido, fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga Licencia de impresión y privilegio de un año.



SUMA DE LA TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en reales por página, por lo que nace. reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de dicha Confraternidad de Amigos de San Antón, el día veintidós de octubre de este año de gracia de mil novecientos noventa y tres.

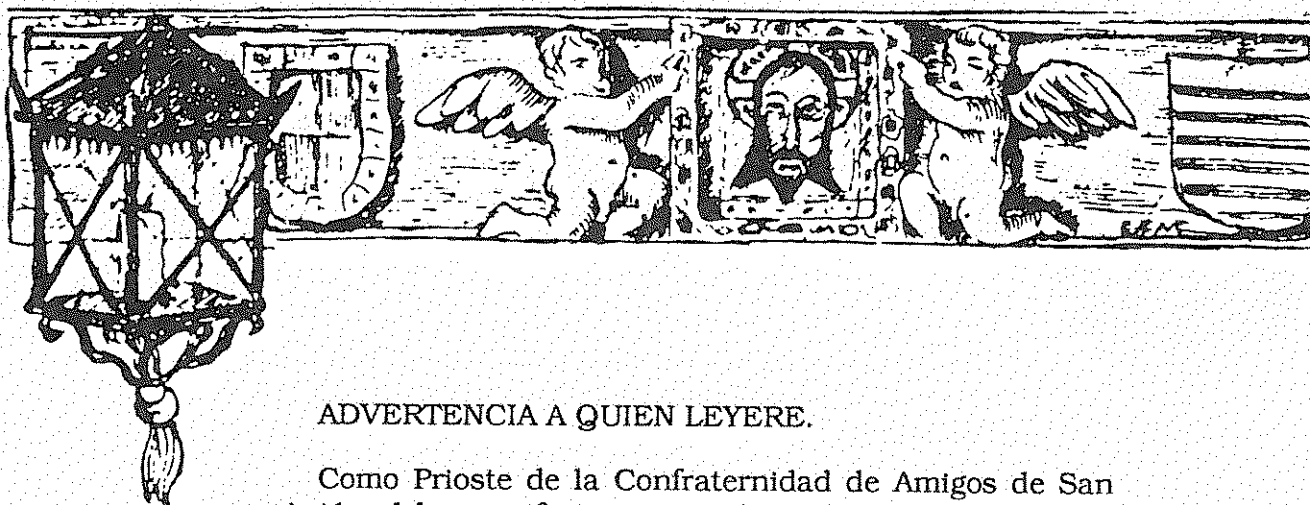


ASISTENTES A LA CENA

Última fila: José Casañas Llagostera.- Juan Higuera Maldonado.- José María Pardo Crespo.- Vicente Oya Rodríguez.- Julio Puga Romero.- Manuel López Pérez.- León Herrera y Esteban.- José Chamorro Lozano.- Felipe Molina Verdejo y Juan Castellano de Dios.

En el centro: Francisco Cerezo Moreno.- Fernando Lorite García.- Angel Viedma Guzmán.- Antonio Martínez Lombardo.- Caridad Miralles Recalde.- Miguel Calvo Morillo.- Francisco Olivares Barragán.- Manuel Caballero Venzalá.- Luis Coronas Tejada.- Antonio Casañas Llagostera.- Juan Miguel Jiménez Díaz.- Antonio Martos García y Luis Armenteros Basterrechea.

Arrodillados y sentados: Pedro Jiménez Cavallé.- Pedro Casañas Llagostera.- Diego Jerez Justicia y Alfonso Parras Vilchez.



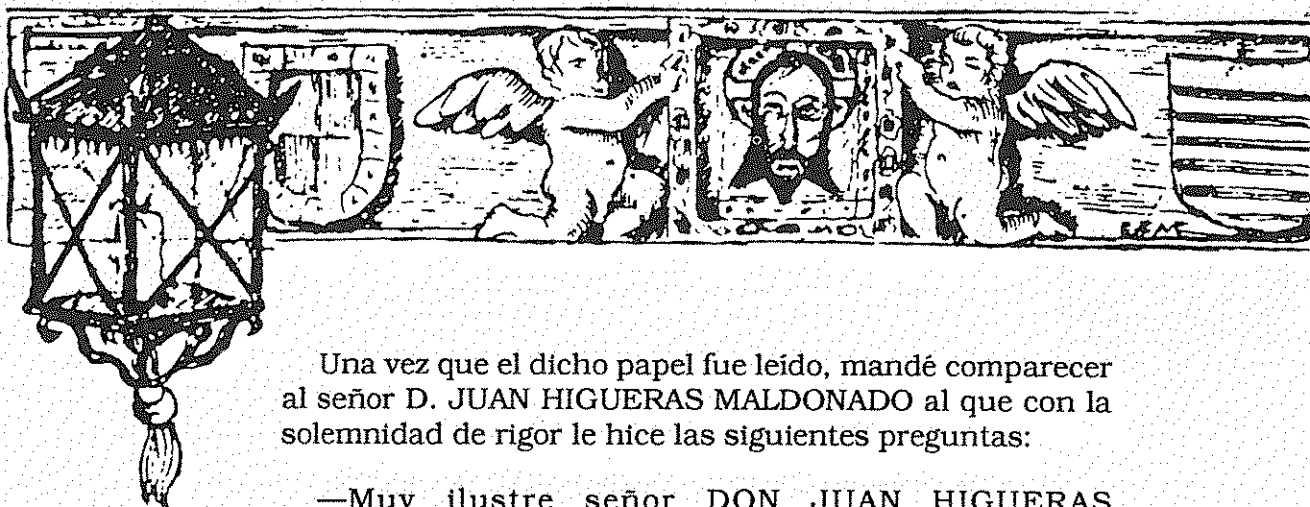
ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE.

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veinticuatro de noviembre de mil novecientos noventa y dos pasado que fue el toque de ánimas y, estando reunida y congregada la dicha Confraternidad, así los Miembros de Honor como de Número, en las estancias principales de la casa número 19, de la calle Llana o de Francisco Coello, propiedad de Doña Caridad Miralles Recalde, Viuda de Don Manuel Millán López, leí cierto papel cuyo contenido es el siguiente:

"Manifiesto y notorio sea a todos los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día 5 de octubre de mil novecientos noventa y dos, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo, adoptó entre otros el siguiente acuerdo:

"Detenidamente examinadas las calificadas circunstancias que concurren el muy ilustre señor DON JUAN HIGUERAS MALDONADO, miembro de Honor de esta Asociación, se convino por unanimidad designarle para que fuese el Relator o Cronista del desarrollo de la Cena Jocosa o de Santa Catalina de 1992 que habría de tener lugar el próximo día 24 de noviembre.

En Jaén, a 7 de noviembre de 1992.



Una vez que el dicho papel fue leído, mandé comparecer al señor D. JUAN HIGUERAS MALDONADO al que con la solemnidad de rigor le hice las siguientes preguntas:

—Muy ilustre señor DON JUAN HIGUERAS MALDONADO, sois conforme en redactar fiel y cumplida Crónica de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina de 1992?

A lo cual, con afirmación solemne y reposada respondió el dicho Don JUAN HIGUERAS MALDONADO.

—Sí, lo soy.

A lo que yo como Prioste manifestele:

—Sinceramente complacidos agradecemos esta vuestra aceptación, encareciéndoos y exhortándoos a que sin dilación ni demora alguno os iniciéis en el encargo. Recibid para ello el correspondiente recado de escribir.

Del mejor grado aceptó DON JUAN, el recado, recibiendo seguidamente muchas noragüenas y parabienes de los comensales presentes.

Y por ser de mucha utilidad el contenido del presente testimonio, se pone esta advertencia para conocimiento de quien leyere.

CRONICA DE LA CENA JOCOSA O DE SANTA CATALINA DEL AÑO 1992.

INTRODUCCIÓN

En cuanto pasan las jaeneras fiestas de nuestro patrón S. Lucas, a los amigos de S. Antón nos viene instintivamente al recuerdo otras no menos festivas ni jaeneras: las de nuestra copatrona Sta. Catalina de Alejandria. Entre muchas razones, por una muy especial que, desde su fundación, viene caracterizando a este pequeño grupo de hombres giennenses, enamorados de todo lo de nuestra tierra. Me refiero a la CENA JOCOSA. Ella nos une a lo largo de todo el año, aunque sólo nos reúna una vez al año: la noche del 24-25 de noviembre.

Y puntual como cada año (con éste van ya quince) nos llegaba la simpática y esperada convocatoria del fiel criado portugués "Acorde al encomendamiento recibido de su señor Don Lope". En su papel apergaminado, bajo lacre y con una muy cuidada escritura gótica se nos citaba para el gozoso encuentro, en los términos siguientes: "Acorde al encomendamiento recibido, con gozosa... del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo".

*Acorde al encomendamiento recibido, con gozosa y
placentera satisfacción muéstrole los más cordiales y
afectivos respetos de mi señor Don Lope que, en embuena
sea decirlo, anda de noragüena por su buena y lozana salud,
la mesma que para V. M. demando.*

*Plámome recientemente la atención, por la mengua y
menoscabo que los años traen a mi cañete, haciéndome muy
presente que debo andar despabilado para no desacordarme
nunca, que en cada un año los tan nombrados Amigos de
San Antón desta ciudad de Jaén, hacen fausta y memorable
Cena Jocososa, que dicen de Santa Catalina por ser en sus
visperas y, por mi oida y entendida esta su monición, hízole
protesta de andar en adelante avisado y diligente para no
caer en semejante desmaño, así como en cuantas diputacio-
nes fuere servido de mandar.*

*En su temor, pláceme el deber de dar a V. M. recado
de aviso y recordación de este tan singular evento que, con
el aparato y brillo que estas funciones precisan y requie-*

ren, ha de tener lugar en la noche del día 24 de noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas, en las estancias principales de la casa marcada con el número diecinueve, de la calle Plana de Santa María y que hoy dicen de Francisco Coello, por gentileza y generosa hospitalidad de su dueña Doña Caridad Mirallés Recalde, Viuda de Don Manuel Millán López.

Ande V. M. en cuidado de no caer en falta a tan festivo acontecer, que grande desazón y quebranto causaría a mi señor el no ver ocupados todos los escaños para el caso prevenidos. Asimismo, dígole con el debido respeto, que no debe echar en saco roto la acotación que permitome hacerle, sobre la conveniencia de que son prudentes y buenas la dieta y la colación en las vísperas de este día, a fin de que en su momento poder dar cumplida cuenta del gaudeamus que se apareja y avía al efeto.

Dóile este mensaje de recordanza, en las fiestas del señor San Lucas deste año de gracia, que cuenta mil novecientos noventa y dos, del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.

El Criado Portugués.

* * *

EL LUGAR

No había tenido yo oportunidad de llegar a visitar el domicilio de MANOLO MILLÁN y CARI MIRALLES. Ciertamente, en varias ocasiones habíamos hablado de coincidir en su hogar, sobre todo en los momentos en que ya Manolo ultimaba su diseño técnico para la edificación del Colegio Universitario en Jaén. También, posteriormente, cuando Cari —tras el fallecimiento de su esposo, animada por cuantos la queremos de veras— tuvo la valentía de matricularse en Geografía e Historia, en el dicho Colegio, para iniciar su licenciatura en Historia del Arte, culminada luego con todo éxito en la Universidad de Granada.

Miren Vds. por dónde, ha tenido que ser nuestra Confraternidad de S. Antón quien me ha brindado esa oportunidad. ¡Nunca es tarde, si la dicha es buena! y desde luego que lo ha sido óptima.

El tarjetón de convocatoria para la cena ya nos procuraba situar en nuestra geografía urbana, con el loable propósito de evitar despistes: "La calle de Francisco Coello es popularmente conocida

por su tradicional nombre de calle Llana. Discurre cortando de forma transversal en su mitad, a la que descienden por la ladera que forma el que fuera llamado *Arrabal de las Monjas*, extramuros de la ciudad en su parte sur. Se le ha conocido también como *Llana de la Puerta Noguera*, debido a tener su inicio junto a esta puerta del recinto amurallado, como asimismo, *Llana de Santa María* por pertenecer a dicha collación.

"La calle Llana respira nobleza, burguesía, distinción, sin ostentaciones, discretamente, mostrando un lujo severo, sólido, recatado. Sus bellas mansiones introvertidas, silenciosas, cerradas al exterior, de vida interna, confortable, plácida. Al final de la calle, el largo y alto muro del Convento de las Carmelitas Descalzas, le hace más cálida aún. Enfrente, las hermosas casas trocadas en convento de Dominicas. El mutismo y la paz de estas clausuras, trasciende a la calle Llana y presta cierto aire monacal a estas casas que la acompañan con su silencio". (Rafael Ortega y Sagrista, del libro "Dibujando en Jaén").

¡Con qué exactitud y buen criterio llama CARI, y debe seguir llamando a esta morada suya, "su pequeño conventico"!

Queda a mitad de la calle, justo en el nº 19, y con la perfecta señalización de una graciosa cartela: "Aquí vive un Arquitecto". Y además (añado yo) una gran señora, con exquisito gusto de mujer y de licenciada en arte, observable en cualquiera de los múltiples detalles: mobiliario, decoración, cerámica y abanicos en murales, escudo del Marqués, tablas y tallas en madera (el Moisés de Miguel Ángel, vírgenes y una preciosa Madonna...) ...Ya en el interior un pequeño recuadro con la leyenda "Paz en esta casa" nos recibió, así: con paz y sinceridad. ¡Vive Dios que se respiran ambas por todos los rincones de la noble mansión!

Tras el vestíbulo, un pequeño atrio romano entre cuatro columnas neojónicas, convertido —otrora— en patio andaluz con su fuente central, hoy lamentablemente desaparecida. Aquí, ante la escalera que desciende del piso superior, nuestro Prioste, PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, a todos y a cada uno de los cofrades nos fue presentando ante la dama de este hogar, más por cortesía y protocolo que por necesidad, pues CARI es de sobra conocida por nosotros. ¡Nunca, sin embargo, están de más las buenas normas y formas!

* * * *

EL ACTO

Como prueba exacta y corroboración de ello saltaron las palabras que de inmediato pronunciaba nuestro referido Prioste:

Amigos de San Antón: De nuevo buenas noches a todos y bien venidos a la Cena Jocosa o de Santa Catalina de 1992.



Caminamos ya por la cota número quince de esta andadura sanantoniana, en lo que a celebración de estos singulares eventos se refiere. Es ya considerable el camino andado y entiendo que más que mirar hacia atrás, debemos hacerlo con animada ilusión hacia lo que aún nos quedará por recorrer. Y si acaso volvemos la vista a los años pasados, hagámoslo sólo de soslayo; nada más que levemente, para recordar acontecimientos y nunca para estancarnos en su contemplación. Podríamos volvernos estatuas. Miremos hacia adelante pensando en la cota venidera, y las siguientes, que se irán desgranando de forma continuada y puntual, conformando un presente con su futuro, y dejando atrás como poso, un pretérito que, casi

sin darnos cuenta, va sedimentándose en nuestra historia local.

Y en ese mirar y caminar hacia adelante, celebramos hoy la Cena Jocosa número quince, número que dicen que es bonito y guapo. Yo añadiría que nunca será tan bonito ni tan guapo como bonitas y guapas son las estancias y entorno que esta noche nos acogen.

Todos y cada uno de los lugares en que hemos celebrado estas Cenas, han tenido su particular aquél, han tenido su personalidad y su carácter peculiar, circunstancias cada cual, que ha ido dejando en nosotros, una impronta, una nota grata y afectiva, de vivir, (aunque sólo sea por unas horas) el sabor íntimo y rural de la jaenera casería, la pincelada señera de la mansión urbana y, hasta el regusto ¿por qué no?, de un ambiente medieval, como ocurrió cuando nos reclui-

mos a cenar, en la altiva torre del homenaje de nuestro Castillo de Santa Catalina.

Todo ello ha venido siendo posible gracias a generosos gestos, a desprendimientos nobles y sinceros, como noble, sincero, generoso y hospitalario ha sido el de una mujer admirable, el de una mujer ya tan jaenera, como si hubiese nacido en esta misma calle Llana, el de una mujer que nada más decirle: ¿podemos...?, le faltó tiempo para responder: "fiat", hágase, y ése es precisamente el hágase que iniciamos, ése es el gesto y la realidad de la Cena de 1992, que propicia Caridad Miralles Recalde, Cari Millán, viuda del querido y recordado Manuel Millán López, a quien un Amigo de San Antón dedicará esta noche un sentido recuerdo.

Aunque estas iniciales palabras mías sólo han de ser como un simple saludo y presentación, en esta noche van acompañadas de una muy especial gratitud, fruto del general, sentir de la Asociación, muy expresiva hacia Cari Millán, llena del mayor reconocimiento por la acogida que nos hace en este su pequeño "conventico", como tan íntima y cariñosamente lo llama, para que sea sede de esta Cena de Santa Catalina, cena que va a encerrar la particularidad de la presencia de una mujer en ella.

Vas a ser, Cari, pionera en asistencia femenina a nuestras Cenas Jocosas, con el contento y complacencia de la Confraternidad, honor que nos dispensas, que nunca fuéramos más afortunados como en esta noche lo somos al tenerte como anfitriona.

Gracias, Cari. Y para que quede constancia de nuestro paso por esta casa marcada con el número diecinueve de la calle Llana, o Llana de Santa María (como así fue llamada), te hacemos entrega de esta placa de cerámica granadina, recordatorio de esta cena a fin de que, si a bien lo tienes, quede colocada en el lugar de la casa que estimes más oportuno.

Esta cerámica granadina, sin duda, vendrá a ornamentar, todavía un poco más, algún otro rinconcillo de esta bonita morada.

La respuesta de nuestra anfitriona fue espontánea e inmediata. Con la naturalidad y sencillez características suyas, corresponde al agradecimiento de la Confraternidad con el de ella por haber elegido

su casa para esta cena de hermandad. Nos dijo —entre otras acertadas ideas— que sin ser giennense por nacimiento, lo era de corazón, puesto que sus raíces estaban en Jaén: Manolo —su esposo—, sus hijos, sus siete nietos, sus amistades y tantas y tantas vivencias vividas a lo largo y ancho de tantos años.

Entre sus varios recuerdos de nuestra tierra estaban, precisamente, los AMIGOS DE SAN ANTÓN, ni más ni menos sino porque un buen amigo de la familia, ANTONIO MARTÍNEZ LOMBARDO, le había hablado —en repetidas ocasiones— de los mismos, acerca de sus características y actividades. Ahora, en esta noche de Sta. Catalina del 92, ha podido constatar y convivir de hecho entre ellos esa auténtica realidad de tradición jaenera, de amor y paz, que tiene por lema dicha Confraternidad.

Huelga decir que los aplausos se duplicaron. Conste que yo lo digo, no ya porque tenga obligación de decirlo (como cronista oficial del momento), sino porque —en verdad— fueron aplausos en modo alguno de cumplimiento, antes bien de corazón, sentidos y agradecidos.

* * *

A estas horas de la noche (10 p.m.) y ante una perspectiva tan atrayente como las mesas aderezadas con gusto y plenas de aperitivos (tales como pueden leer en la minuta adjunta), es obvio el ajetreo inicial y cierta prisa por saborear estas entradas jaeneras, regadas con nuestra incomparable cerveza Alcázar Premium y la manzanilla de Sanlúcar. A la par, se iba ampliando el diálogo y la general convivencia, entre recuerdos y comentarios desde la anterior última cena del 91. Máxime, si paramos mientes en que, para algunos, esta noche familiar de S. Antón es realmente la única que nos proporciona ocasión de volvernos a encontrar —tras todo un año— y poder conversar largo y tendido, relajadamente y sin prisas. Ello explica que se nos pasen las horas casi sin advertirlo. Pero siempre hay alguien que se encarga de advertirlo: el Prioste. A toque de Campanilla, interrumpe el coloquio para conceder la palabra al cofrade VICENTE OYA.

ESTAS CENAS JOCOSAS..

Tiene el "convite de entrada"
de aquesta Cena un agridul
de novicio Pantagruel
con garganta reseçada.
Fue muy seca la jornada
en prevención del enueto;
más nadie se precipite,
guárdense los buenos modos:
hay "liquidez" para todos,
que es generoso el convite.

Miren con cuanta largueza
el Alcázar nos diluía
de tentación blanca y rubia
de la divina cerveza.
Mucho auguro lo que empieza
con tan feunado trasiego;
las manos no hallan sosiego
en enjugar tanto jago
ya con lonchas de manchego
ya con tiras de manchego.

De escaramuzas postrémas,
pues que a los postres llegamos,
ahitos sobremesamos
los pestiños y las yemas.
¡Que dulcísimos poemas
o los que pena estrillito
aná dulces del Castillo,
en retirada golosa
de una pelea tan jocosa
que es gula y juerga escribillo!

PELMOLVER.

Parcerá la aceituna
estar de más en la fiesta,
y en ninguna como en ésta
es la aceituna oportuna.
Quedaré sin ella alguna
nuestra Cena de sentido:
"en Jaén donde resido"
es obligada esta joya
que engarza en adobos Moya
para el mantel más cumplido.

El tufo de la cocina,
que de tan cerca nos llega,
nos avisa de la brinca
sabrosa que se avecina.
El apetito advierte
por olfatos confidentes
las municiones coientes
de los próximos combates:
o soparros de gaznates,
o cabalgadas de dientes.

Cena de Santa Catalina
1992



Amigos de San Antón
Jaén

La calle de Francisco Coello es popularmente conocida por su tradicional nombre de calle Liana. Discurre cortando de forma transversal en su mitad, a las que descienden por la ladera que forma el que fuera llamado *Arabal de las Monjas*, extramuros de la ciudad en su parte sur. Se le ha conocido también como *Liana de la Puerta Noguera*, debido a tener su inicio junto a esta puerta del recinto amurallado, como asimismo, *Liana de Santa María* por pertenecer a dicha colación.

"La calle Liana respía nobleza, burguesía, distinción, sin ostentaciones, discretamente, mostrando un lujo severo, edicto, recatado. Sus bellas mansiones introvertidas, silenciosas, cerradas al exterior, da vida íntima, confortable, placida. Al final de la calle, el largo y alto muro del Convento de las Carmelitas Descalzas, le hace más cálida aún. Enfrente, las hermosas casas trocadas en convento de Dominicas. El mulismo y la paz de estas clausuras, trasladando a la calle Liana y presta cierto aire monacal a estas casas que la acompañan con su silencio".

En una de estas mansiones, la marcada con el número diecinueve, por generosa y desprendida hospitalidad de su dueña, Doña Caridad Miralles Recalde, viuda de Don Manuel Millán López, celebran los Amigos de San Antón la Cena Jocososa de 1992, pasado que sea el toque de ánimas del día veinticuatro de noviembre, vísperas de Santa Catalina Mártir, Patrona de Jaén.

* Rafael Ortega y Saez, del libro "Objetos en Jaén".

CONVITE DE ENTEADA

Almendras saladas.
Patatas fritas, de Paco.
Garbanzos tostados.
Aceitunas aliñadas.
Soyás.

Queso manchego añejo.
Jamón serrano de Prados.
Lomo Ibérico.

Prituras de choitso y Morcilla.

Pequeñas croquetas caseras.
Pinchos de tortilla.

Cerveza Alcázar Premium
Manzanilla Lo Quiso
Cerveza sin alcohol.
Agua mineral.
Refrescos varios.

CENA

Caldos de cocido, aviado.

Cazuela de Merluza

Perdiz en escabeche

POSTRE:

Frutas del tiempo.

VINOS:

Blanco de Bullén y Tinto de Torreyrogil.

SOBREMESA

Yemas de Las Descalzas.
Hojaldrina.
Almendrados caseros.
Roscos de anís.

Antes Castillo de Jaén y
Crema de Café, de las
Descalzas de D. Angel Tirado.
Café de la X-4.

Los Roscos, especialmente preparados para esta Cena, en el
Monasterio de Descalzas de las Hermanas de San Antón de Jaén.
Por encargo de la Fundación "La Herencia", de Juan Manuel
Blanco de Jaén.

Nos transmitió la emoción de sus circunstancias familiares: su propia madre, gravemente enferma (murió, por desgracia, pocas fechas después) le había recomendado, y hasta ordenado, que asistiese a la cena de San Antón. ¡Qué corazón más enorme tienen las madres para las cosas de sus hijos! Y ésta fue la objetiva y cariñosa semblanza que trazó del inolvidable MANOLO:

EN MEMORIA DE MANUEL MILLÁN LÓPEZ

Si Manuel Millán López viviera sería, por unanimidad de todos nosotros, un Amigo de San Antón, porque para ello, solamente se requiere ser Amigo de Jaén. Y como sería uno de nosotros, cualquiera, podría hablar de él, decir aquí esta noche, en su propia Casa,



"donde vive un Arquitecto", su semblanza, que es la semblanza de un hombre ejemplar. Podrían hablar, y lo harán, con mayor propiedad, sus compañeros arquitectos y Amigos de San Antón, Pablo Castillo García-Negrete, Luis Berges Roldán y José María Pardo Crespo. Pero he aquí que nuestro prioste, Pedro Casañas Llagostera, ha querido que sea yo quien diga estas palabras en honor y alabanza de Manolo Millán, que fue, sobre todo, para Jaén, Manolo Millán. Sin más, porque lo era todo sin que por ello se diera él la más mínima importancia.

Manuel Millán López, nacido en Jaén, el diez de agosto, día de San Lorenzo, de 1922, y fallecido en Madrid, el 18 de octubre, día de San Lucas, de 1979, vino al mundo en el seno de una familia entregada por entero al trabajo. Hijo de Pedro Millán Colmenero y de Juanita López López, matrimonio giennense, forjador de una industria hostelera, el "Ideal Bar", de gratuitos recuerdos para todos nosotros.

Hizo sus estudios de Bachillerato, en el siempre recordado Colegio de San Agustín, dirigido por don Cándido Nogales, y los de

arquitecto, en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, que finalizó, brillantemente, en el curso 1952-53.

Posteriormente se diplomó en Urbanismo, también en Madrid, y obtuvo plaza, por oposición, para los Servicios Técnicos de Obras y Servicios de la Diputación Provincial.

Simultaneó su actividad de la Diputación Provincial con el ejercicio libre de la profesión, siendo su estudio de Arquitecto algo así como una Escuela de Humanidades, pues siempre entendió la Arquitectura al servicio del Hombre.

Dejó importantes obras por toda la provincia, destacando entre sus construcciones las del Colegio Universitario de Jaén y diversas instalaciones asistenciales de la Diputación Provincial, el primer Auditorio de la Alameda, y numerosas viviendas sociales, quedando en todos sus trabajos la huella de su humanismo, dentro de un espíritu de servicio, y siempre en un marco de superación y de perfeccionamiento.

Pero también había de ser el arquitecto que construyera el edificio de una gran familia, El diez de diciembre de 1953 contrajo matrimonio con Caridad Miralles Recalde, que le ha dado nueve hijos, de los que viven ocho. Aquel buen matrimonio, formado por el recordado Manolo Millán y esta mujer ejemplar, Caridad Miralles, que hoy nos acoge en su casa, trabajaron con denodado entusiasmo y un cariño ilimitado para sacar la familia adelante. El, desde la ausencia física, obligada, en el recuerdo permanente, ha sido aliento y estímulo para seguir un camino no sembrado de rosas. Y ahí están, con su madre, unos hijos que han despejado los obstáculos y se han abierto horizontes claros en la vida: Juan José, que hizo diseño gráfico, teniendo que sacrificar su carrera de arquitecto en unos momentos en que había de volcarse por y para los demás; Pedro Manuel, economista; Christian Alfredo, militar; Luis Miguel, médico; Francisco Javier, psicólogo; María Leticia, médico; Pablito, incapacitado, pero realizando su actividad plena en un Taller Ocupacional; y Angel María, informático. Cinco de ellos ya están casados y les han dado hasta siete nietos.

Manuel Millán fue, para sus hijos, el ejemplo del hombre trabajador y honrado, abierto a las mejores inquietudes y a las más justas aspiraciones. Y alguien, sobre todo, que sostuvo su ilusión por vivir hasta el último momento, superando las dificultades de una enfermedad que vino por él, cuando estaba en la plenitud de su vida, y

que era mucho lo que había dado y mucho más lo que podía esperarse de él. Su mujer, Caridad Miralles, al quedarse viuda, siguió en la brecha. Le empujaban Manolo y sus hijos. Ella era maestra, y pensando en Pablo, se diplomó en Educación Especial. Y, en medio de tantos trabajos, tuvo arrestos para hacerse licenciada en Historia del Arte. Ella ha sido y es el alma de un hogar en el que el Arquitecto, que fue Manolo Millán, dejó hechos los planos, el armazón, para que mujer e hijos le dieran vida y completaran su obra.

Cuando se traspasan los umbrales de este hogar se dice que "aquí vive un Arquitecto". Y es verdad. Sigue vivo Manolo Millán en su mujer y en sus hijos, que han sabido llenar de vida y de inquietudes esta casa.

La enfermedad de Manuel Millán López, sobrellevada con cristiana resignación, hizo que nuestro recordado amigo cambiara de estudio, desde la calle Martínez Montañés, a este edificio de la Calle Llana, por donde entran en Jaén clamores del campo por la cercana Senda de los Huertos y los latidos de los esquilonos de las Carmelitas Descalzas y de las Dominicás, estremeciendo estos rincones de un Jaén señorial de viejos y nobles caserones.

Manuel Millán hizo de esta Casa su Hogar, para cultivar en él, como en huerto de tierra buena, las mejores virtudes. Hizo de esta Casa su estudio de Arquitecto, para derramar esas inquietudes profesionales que han quedado plasmadas en los planos, en las memorias, en las edificaciones. Y también hizo de esta Casa, Clínica Particular, con aquel Riñón Artificial, que le sirvió para seguir viviendo, y que luego la familia ha donado al Hospital Provincial, cumpliendo así sus deseos.

Pero Manuel Millán López no fue solamente el esposo y padre de familia, el arquitecto, o el hombre varado, por la enfermedad, que ya, en los límites de su vida, escribió un libro "Hemodiálisis", para contarnos, en un hermoso testimonio, sus experiencias, sus vivencias, cuando no le respondían los riñones y el corazón, su noble corazón, se resistía.

Fue Manuel Millán, sobre todo, un hombre que se proyectó sobre la sociedad de su tiempo, a través de múltiples facetas, prueba de su rica y variada personalidad, y siempre al servicio de los demás.

Así, desde 1954, y durante seis años, fue concejal del Ayunta-

miento de Jaén, todo un eficaz teniente de Alcalde, que presidió, con acierto indudable, las Comisiones de Festejos y de Obras, llevando a la Corporación numerosas iniciativas, propiciando por entonces los Festivales de España y evitando derribos de nobles edificaciones, porque le preocupaba, esencialmente, la defensa de nuestro disminuido patrimonio artístico y cultural.

Asimismo, movido por un amor especial, desde la propia experiencia de su hijo Pablito, fue el creador de aquella Asociación Provincial de Padres con Niños Subnormales "Virgen de la Capilla", a la que entregó diez generosos años de intensa actividad, haciendo una siembra que luego ha dado espléndidos frutos.

Hasta fue presidente del Real Jaén, en un momento difícil para nuestro primer Club de Fútbol, cuando estaba a punto de desaparecer. Él supo ponerse al frente de un grupo de buenos giennenses y durante meses, con dinámico afán, ocupó los micrófonos de Radio Jaén, pidiendo la ayuda de todos los amantes del deporte en general y del fútbol en particular. El Real Jaén estaba en La U.V.I., tocado de muerte, y Manolo Millán, en un esfuerzo sobrehumano, le dio la vida, consiguiendo el equipo, en tardes triunfales, la alegría de la afición.

Agonizaba la Real Sociedad Económica de Amigos del País y fue Manolo Millán quien se echó hacia adelante, arremetiendo el derribo del edificio, haciendo los planos del nuevo, poniendo las bases, para lo que luego se hizo. Fue un eficaz presidente para un momento difícil y delicado.

Manuel Millán López fue, desde luego, un giennense amante de la historia y de las tradiciones, defensor de nuestras costumbres y de los valores más positivos de Jaén. Lo demostró en sus obras de arquitecto, pero también sus escritos y en numerosas conferencias. Tenía un espíritu crítico, muy afinado, muy en conexión con los aires universales que había respirado en la Escuela Superior de Arquitectura, y chocaba contra los localismos trasnochados.

Recuerdo que, en el diario "JAÉN", con fecha 18 de octubre de 1964, tuve ocasión de publicar un trabajo titulado "El fenómeno de la construcción en Jaén, según la opinión de cuatro arquitectos". Fue a modo de encuesta en la que participaron Luis Berges Roldán, Enrique de Bonilla y Mir, Antonio María Sánchez y Manuel Millán López.



Caridad Mirallees Recalde, anfitriona de esta Cena Jocosa, junto a Pedro Jiménez Cavallé, José María Pardo Crespo y Antonio Martínez Lombardo.

Era un perfecto conocedor de los problemas de la construcción en Jaén, y ante ellos, mostraba su inquietud y su cariño por la ciudad. Recuerdo que me dijo estas palabras: "Topográficamente, Jaén plantea un grave problema, no ya por lo accidentado de su orografía, sino por la cantidad de agua de su subsuelo. Climatológicamente, Jaén tiene diferencias de temperaturas notables, entre el verano y el invierno, que influyen en la conservación de los edificios. Estos dos aspectos agravan el de la economía".

Fue un gran arquitecto, porque antes era una gran persona. Tenía soluciones técnicas, con alto rigor científico, para los problemas de la construcción, pero esas soluciones tuyas estaban siempre impregnadas de humanísimas vibraciones. La Arquitectura no es nada si no está al servicio del Hombre. Y así lo entendía Manolo Millán, que hizo de su vida y de su obra, y en su proyección familiar, un edificio lleno de vigor, animado del mejor espíritu, superador del tiempo y del espacio. Un edificio para siempre, con bases sólidas, con equilibrio permanente, y ritmo suficiente, a prueba de todos los vientos de la Historia.

Nuestro aplauso ratificaba este bien hecho y dicho emotivo recuerdo del "paterfamilias" de la casa, espiritualmente presente entre todos nosotros.

* * *

Se reanudó la charla sobre lo escuchado y sobre tantos y tantos temas pasados, presentes y futuros de nuestro Jaén querido. Claro que eso no impedía —en modo alguno— continuar disfrutando con el saboreo de las frituras de morcilla "gran señora", del chorizo "reliquias de S. Antón", de las croquetillas caseras "cagarrutas del marrano de S. Antón". [Estas apostillas idiomáticas me las indicaron *in situ* dos buenos amigos míos: Manolo CABA-

LLERO y Diego JEREZ, perfectos conocedores y catadores de la lingüística y de la gastronomía jaenera], Tampoco podían faltar (ni faltaron, evidentemente) las patatillas de Casa PACO, los garbanzos "tostaos" al estilo torrecampeño, las aceitunas aliñadas, ni las sabrosas "soyás" (especialmente preparadas para nosotros por el Horno de los Hermanos SILES JANDRA, de Jaén)...

* * *

De nuevo el monacal tintín de la campanilla del Prioste nos orienta las miradas hacia otro cofrade: Manolo LÓPEZ PÉREZ. Con la habitual maestría y cariño con que él investiga, conoce y describe nuestros temas giennenses, habló de esta guisa:

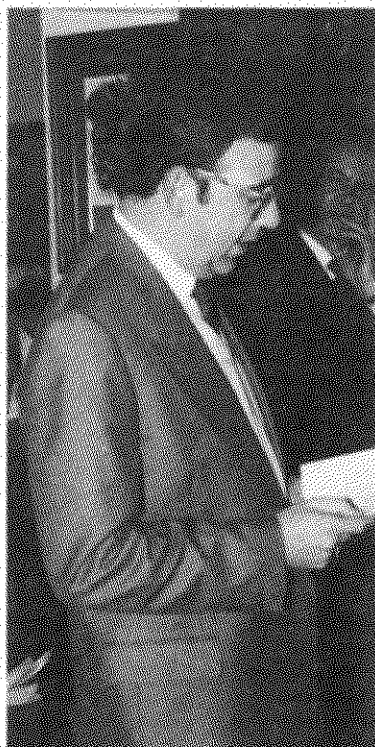
CRÓNICA NEGRA DE JAÉN EN CLAVE DE HUMOR"

Posiblemente, uno de los mayores atractivos de esta Cena de Santa Catalina reside en la singularidad irrepetible de sus escenarios.

La organización de la cena en edificios privilegiados, nos ofrece la posibilidad de entrar en contacto directo con un tipo de inmuebles que hoy ya no son lugar común para el discurrir de la vida cotidiana.

Estas casas en las que año tras año nos reunimos, guardan un calorillo humano y cordial que frecuentemente se sobrepone a su innegable interés histórico y artístico.

Son casas en las que cada objeto, cada mueble, cada estancia tiene una historia, un contenido, un valor específico. Son casas donde cada una de sus habitaciones nos ofrece sorprendentes historias íntimas y familiares, que casi siempre se salen de puertas afuera para incorporarse a la historia humana de la ciudad.



Como no podía por menos de suceder, este es también el caso del lugar donde hoy nos reunimos. Y para demostrarlo vamos a escoger un curioso episodio que tuvo por escenario estas habitaciones, hace justamente un siglo.

En 1892 en esta casa moraba un personaje de muchas campanillas: el Excmo. Sr. D. Rafael de Brufall y Melgarejo, Marqués de Lendínez, individuo que sin duda hubiera servido a nuestro Juan Eslava para sacarle el jugo y crear un novelón de aquí no te menees.

El tal D. Rafael de Brufall y Melgarejo, ostentaba por aquellos días de 1892 los brillos y oropeles de un insigne marquesado, el de Lendínez, otorgado por merced real de D. Felipe V en 23 de febrero de 1744 a su antepasado D. Francisco Melgarejo y Teruel y nominado con el topónimo de una famosa cortijada próxima a Torredonjimeno.

Aunque originario de la histórica Toxiría, el Marquesado de Lendínez formaba parte de ese tipo de nobleza provinciana que fue escribiendo sus ejecutorias mientras daba cambalás de un sitio para otro.

Unas veces a causa de oportunas alianzas matrimoniales, otras por motivos financieros y fiscales y alguna que otra porque estos nobles de segunda fila solían ser culillos de mal asiento, los señores Marqueses de Lendínez, se pasaron el siglo XVIII de acá para allá, avecindándose según conveniencias, en Torredonjimeno, Sabiote, Ubeda, Madrid, Alicante, Jaén...

De todas formas, nunca perdieron su vinculación con el terruño originario del marquesado y en Torredonjimeno conservaron siempre buenas fincas y propiedades, al igual que en Jaén capital, donde disponían de fincas en Pozuela y la Fuente de la Zarza, y casas en las calles de Santa Clara, del Caño, de Noguera, de Quero y de Mesa, que rentaban un saneado capital.

Y a la querencia del solar nativo llegó, cuando agonizaba el siglo XIX, nuestro muy respetado D. Rafael de Brufall y Melgarejo, VI Marqués de Lendínez, a quien Dios tenga en su santa gloria.

D. Rafael había nacido en Elche y el marquesado le había llegado por parte de madre. Cuando vivió en esta casa sobrepasaba ligeramente los cincuenta años de edad. Era hombre de bastantes

posibles y aparte de esta casa de la Calle Llana, mantenía abierta su casa de Elche.

Apenas llegado a Jaén, el Sr. Marqués empezó a dar que hablar.

Porque al parecer, el Sr. Marqués era un tipo contumaz y empecinado a más no poder.

La circunstancia de que casara y enviudara reiteradamente, así lo certifica. Había casado de primeras con su parienta D^a María Valderrama y Melgarejo. Volvió a casarse en segundas, con D^a Josefa Estrada y Aldemar. Y como de ninguna hubo sucesión, probó suerte de nuevo con D^a Isabel López Campello, que le dio cuatro hijas relamidas y melifluas y un varón. Viudo de nuevo, no se resignó y volvió a casarse ¡por cuarta vez! con D^a María del Carmen Sabater y Bonilla, que le dio otro varón y tiró de él para la capital del Santo Reino. Tanto casorio no sirvió precisamente para que el Sr. Marqués sentara la cabeza. Porque hora es ya de informar de que D. Rafael de Brufall y Melgarejo, nuestro muy respetado Sr. Marqués de Lendínez, no era precisamente trigo limpio, al decir de las comadres de la Alcantarilla.

Hombre muy leído, viajero imperitente y de espíritu mundano y cosmopolita, se había ganado a pulso, ante las malas lenguas, fama de hombre misterioso —carbonario o masón— y algún ribete de crápula y golfo simpático. Lo que no le beneficiaba precisamente.

Pero sobre todo consiguió renombre de ser un descreído, un impío, un enemigo declarado del clero y de todo lo relativo a la Santa Madre Iglesia.

El Sr. Marqués de Lendínez, con desdoro de su título y posición, era —reiteraban las lenguas de doble filo— un perdulario, que según se comentaba en voz baja, andaba metido en líos de sociedades secretas. Y lo que es peor, que alardeaba públicamente de ser librepensador.

¡Ahí es nada! Ser librepensador en una ciudad tan recatada y mojigata como el Jaén de 1892, era algo así como ser socio y camarada del mismísimo Satanás.

Ya lo advertía en su momento Azorín y lo reafirmaba su biógrafo, nuestro paisano D. Angel Cruz Rueda.

Aunque aquí para nosotros, la realidad debía ser menos cruda. Porque D. Rafael de Brufall y Melgarejo, Marqués de Lendínez, si bien se las daba de librepensador y tragacuras y urdía mil diabluras para traer a mal traer al bonísimo de D. Manuel González y Sánchez, obispo de Jaén a la sazón, en su vida privada obraba de muy contradictoria manera.

Porque aquí, en esta su casa, mantenía frecuente trato, tertulia y amistad con lo más granado del Cabildo Catedral, léase D. Luis Arjonilla Pérez, D. Ramón Rodríguez de Gálvez y D. Emilio Corredor Moreno, orondos y señoriales canónigos. E incluso con más de un seglar señalado por el pueblo con la etiqueta de beato, carca y reaccionario, como por ejemplo D. Antonio Fernández-Villalta y Uribe, Marqués de Villalta, vecino de esta misma calle y oriundo también de Torredonjimeno.

Claro, que al mismo tiempo, mantenía asidua amistad con otros señores menos católicos y algo sospechosos en cuestión de ideas, como eran D. Manuel Montero Garzón, D. Mariano Cuesta Carrión y D. Manuel de la Fuente Ortega.

Inmerso en su contradicciones y disfrutando de sus tertulias y sus logias andaba muy contento el Sr. Marqués, cuando el verano de 1892 empezó a apretarle las clavijas de los pulmones y así, como quien no quiere la cosa, lo colocó en un santiamén a las puertas de la muerte.

Consciente de que lo que afligía la salud del Sr. Marqués era algo más serio que una vulgar calenturilla de verano, la marquesa consorte D^a M^a del Carmen Sabater y Bonilla hizo partícipe de sus cuitas y lloros a los amigos de su esposo, los respetables señores canónigos.

Sigilosamente, sin que la cosa trascendiera a los mentideros de la ciudad, se planteó el conflicto.

¿Qué pasaría si el Sr. Marqués la diñaba haciendo gala de su condición de librepensador...?

¿Qué de diabluras no inventarían sus correligionarios, los del mandil, el compás y la escuadra, si el tozudo del Marqués se empeñaba en cerrar el ojo a respetable distancia de la Santa Madre Iglesia...?

Cabía incluso al posibilidad de que el Sr. Cura-Párroco del

sagrario, el Ldo. D. Blas Cuesta, a la hora de la verdad se acordara de S. S. León XIII y el de su encíclica «Humanum genus» y negara la sepultura eclesiástica a D. Rafael de Brufall.

¡Menudo escándalo y baldón! Todo un señor marqués enterrado por lo civil en el despreciado «corralillo» del Cementerio, codeándose con cuatro desgraciados suicidas y con alguno de aquellos ingleses, extravagantes y herejes, que habían venido a dirigir la fábrica de Peñamefêcit.

De ocurrir así las cosas, menudo lo iban a pasar los botarates y guasones de «El Portalillo». Urgía pues actuar con decisión y eficacia.

Ajeno a tanto tejemaneje, el Sr. Marqués de Lendínez languidecía cada vez más ya que no le habían quedando ganas de dárselas de perdulario.

Fue entonces cuando algunos amigos, acaudillados por el canónigo D. Luis Arjonilla, se lanzaron a la conquista del lecho del moribundo, con decisión de ultramontanos.

Los recursos más floridos de la oratoria sagrada se adueñaron del dormitorio de D. Rafael. Furibundos anatemas acompañaban las tisanas y jarupes que se le administraban sin compasión...

Y ante tal chaparrón, el Sr. Marqués de Lendínez se vino abajo. Y claudicó.

La pleuroneumonía había minado su organismo y el pobre Marqués ya no estaba para sermones. Así que antes de cerrar el ojo pensó que era más conveniente renegar de su condición de librepensador y firmar la paz con su conciencia... y con los curas.

El canónigo Arjonilla agarró la ocasión por los pelos y mandó venir raudo al notario D. Mateo Candalija, con el fin de que el marqués hiciera testamento y a la vez dejara testimonio notarial de su abjuración. A la vez, el canónigo D. Emilio Corredor y Moreno le trajo el Viático con toda la pompa y el ruido posible, para que todo Jaén se enterara de que D. Rafael de Brufall y Melgarejo, Marqués de Lendínez, dejaba de ser un perdulario y volvía sumiso y arrepentido al seno de la Iglesia.

Jaén vivía los días postreros de agosto de 1892. El aire traía el ruido de los cohetes y los tambores discordantes que anunciaban



José Chamorro Lozano y León Herrera y Esteban.



Felipe Molina Verdejo y Angel Viedma Guzmán.



Miguel Calvo Morillo y Alfonso Parras Vilches.



Manuel López Pérez, Antonio Martos García y Luis Armenteros Basterrechea.

la fiesta de la Divina Pastora. Por los salones de la casa solo se oían hipos y cuchicheos. Alguna que otra fámula lloraba inconsolable... Mismamente aquello parecía el final de uno de los dramones románticos que se representaban en el Teatro de la Audiencia.

A las cinco de la mañana del 29 de agosto de 1892, cuando empezaba a refrescar, pasaba a mejor vida el renombrado Marqués de Lendínez, que dejaba en manos de sus amigos el canónigo Arjonilla y el Marqués de Villalta el arreglo de sus postrimerías.

De común acuerdo le hicieron un entierro muy lucido, depositando sus restos en el nicho núm. 47 de la sección 3ª de preferencia. Y aquí paz. Y allí gloria.

Los canónigos, impresionados aun por lo acaecido, encargaron al sacerdote D. Saturnino Sánchez de la Nieta, que le daba bien a la pluma, que aireara el suceso en la prensa local, para que se enteraran y de paso rabiaran, los socios de aquellas sociedades ridículas denominadas «La Lealtad» y «La Fraternidad Oringiana».

D. Saturnino no se lo hizo repetir muchas veces, y dio a la luz este articulillo:

«...UNA MUERTE CRISTIANA

¡Qué grande es la bondad de Dios, y que rico en misericordia! ¡Qué medios tan ingeniosos los de la gracia divina para separar al hombre del camino de perdición y conducirlo dulcemente por las sendas de vida eterna!

Da motivo á estas gozosas exclamaciones la muerte del Excelentísimo Sr. D. Rafael Brufal y Melgarejo, Marqués de Lendines, acaecida en esta capital en la mañana del día 28 de los corrientes; muerte edificante y cristiana, que ha llenado de consuelo el paternal corazón de nuestro venerable Prelado y el de cuantos nos preciamos de católicos. Sobre ella hemos de emitir algunos conceptos, autorizados debidamente.

Vivía el Sr. Marqués separado algunos años ha de las prácticas religiosas y apegado a esa indiferencia glacial que se respira en este siglo. Verdad es que en su corazón palpitaban sentimientos nobles y levantados, y todo hacia concebir esperanzas de que más tarde ó más temprano, no quedaría desmentida la frase del grande y elocuente

apologista Tertuliano. Si, era su alma naturalmente cristiana, y como cristiana se ha despedido para siempre de la patria ó destierro de los mortales.

Al M. I. Sr. Prebendado de esta Santa Iglesia Catedral, D. Luis Arjonilla López, le ha cabido la gloria de llevar á feliz término obra tan santa y meritoria. Relacionado con el Sr. Marqués de Lendines por vínculos de antigua amistad, y cumpliendo los deberes que imponen el afecto y el buen deseo de ganar almas para el cielo, no se hizo esperar su presencia en la casa del enfermo para prodigarle los consuelos que en tales casos engendran vivo reconocimiento; y alentándole como amigo y exhortándole como sacerdote, muy luego se dispuso el paciente a arreglar sus asuntos temporales y espirituales.

Al llegar a este punto, nos vemos en la imprescindible necesidad de ser muy comedidos; solo el Sr. Arjonilla podría describir al vivo las muestra de fervor, piedad y arrepentimiento de su enfermo querido. Nosotros, pues, solo nos permitiremos decir, para solaz de los cristianos y ejemplo y enseñanza de los descreídos, que el referido Sr. Marqués de Lendines ha muerto santamente en el Señor, abjurando de sus errores y abominando de las sectas ó sociedades secretas á que en vida perteneció; que ha pedido perdón á Dios y á su Iglesia por las ideas escandalosas y heréticas que profesara, y que, como testimonio de su sincera conversión, ha derramado abundantes lágrimas, haciendo la más cumplida y solemne protestación de fe católica y recibiendo los santos Sacramentos de Penitencia, Eucaristía y Extrema-Unción.

Después de esto, solo nos resta consignar que no solo fué expresa y terminante su voluntad de que se hicieran públicas semejantes declaraciones, sino que además, al otorgar su testamento y ser preguntado por el Notario D. Mateo Candalija si había de proceder la invocación como católico, respondió con tanta piedad como entereza. «Si, otorgo mi testamento como católico; pero como católico, apostólico, romano y es mi deseo que esta cláusula, ó esta invocación, se redacte en la forma más expresiva y según la dicte mi confesor D. Luis Arjonilla».

Y tampoco hemos de pasar en silencio otra escena conmovedora en extremo y que prueba su verdadero arrepentimiento. Tuvo esta lugar después de ungirle con los Santos Oleos el Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral, D. Emilio Corredor y Moreno; pues como éste le indicase que iba á leerle una jaculatoria en honor de la agusta Reina de los Cielos impetrando su amorosa protección, al punto contestó lleno de fervor y regocijo: «Lea V., que yo repetiré con mucha complacencia». Y

de tal manera contestaba al sacerdote auxiliante, y en tal forma pedía el amparo de la Virgen Santísima, que todos los circunstantes, postrados en tierra ante espectáculo tan grandioso y patético, derramaban lágrimas sin cuento y bendecían los prodigios obrados por la gracia del Señor.

¡Gloria sea dada á Dios por tan singulares mercedes, y sea concedido descanso eterno al alma reconciliada con la Majestad Soberana!

Jaén 30 de Agosto 1892.- S. S. N. ...»

El suceso, por lo insólito, armó gran revuelo. Y originó un sin fin de controversias. E incluso roces entre las amistades del Marqués.

Hasta que por ley de vida se difuminó entre los amarillentos papeles de los archivos, donde ha dormido hasta hoy, que por obra y gracia de la Cena de Santa Catalina se nos ha ocurrido a nosotros revivirlo, para que sepamos algo de la casa singular en que nos encontramos.

Tras el regusto de esta simpática y documentada intervención, nuestra anfitriona "materfamilias" nos invitaba a pasar al patio posterior de su mansión. La suave brisa otoñal en la noche cerrada abría ante nosotros la belleza de un patio chiquito pero coquetón: naranjos y limoneros, estelas festivas en cerámica de angelotes con guirnaldas florales, cubierto todo ello con un estrellado cielo azul, tan característico de nuestra tierra andaluza. ¡Una auténtica gozada!

* * *

LA CENA

Habían ya transcurrido las 11 p.m. En el salón aguardaban unas mesas primorosamente compuestas. En el centro de cada una de ellas, destacaba la gran pieza circular de pan casero, que

expresamente para nuestra cena de S. Antón había confeccionado la Panadería "La Reconquista", de Juan MORENO MORAL, de Jaén. La acostumbrada tarjeta nominal consigue situar a los comensales en sus respectivos lugares. Delante de cada uno de ellos el esperado y no menos deseado obsequio —recuerdo conmemorativo de esta CENA JOCOSA: una primorosa jarra a cuatro asas rematadas por pequeñas jarritas de dos asas— de la cerámica "Santa Lucía" de Arjonilla, dibujada en azul y bronce sobre fondo blanquecino con una leyenda central: CENA JOCOSA —1992— Amigos de S. Antón. ¡Una auténtica filigrana de exquisito gusto y ejecución, como puede apreciarse en la adjunta fotografía! Así merecerá figurar y colocarse entre los anteriores recuerdos de estas inolvidables cenas sanantonianas.

Nuestro capellán y mi padrino en esta hermandad Pepe CASAÑAS, con su conocida parsimonia y fervor capitulares, rezó la tradicional plegaria con la que siempre iniciamos la cena propiamente dicha. ¡Y en verdad que se necesita además la bendición del cielo para digerir tan copioso y buen yantar!

Un oloroso consomé, auténtico caldo de cocido, aviado, sirve para que nuestros ya iniciados estómagos se dispusieran mejor a recibir los próximos condimentos. Pero antes de que ellos llegasen, y cuando transcurría la media noche, pudimos escuchar el gracejo y la simpatía de ANTONIO MARTÍNEZ LOMBARDO, cargada de vivencias emocionadas y de nostalgias realistas:

"EL MOLINILLO"

(Recuerdos del ayer)

Antes de leerles esta vivencia, quiero hacerles un pequeño resumen de las causas que me motivaron escribirla. El Molinillo está dedicado a esa mujer a quien tantas veces vi utilizarlo: mi madre. También como homenaje a los muchos jubilados de hoy, que, en plenas facultades, son como "El Molinillo" (entre comillas) olvidados en el desván.

En mis cinco años de estancia en Siles, con frecuencia organizá-



Ruinas del castillo del Polisario (Benatae).- *Francisco Cerezo Moreno.*

bamos excursiones por sus bonitas y serranas cercanías. Un buen día planeamos irnos en unión de varios amigos y compañeros de mi mujer a "La Peña del Olivar", cercano paraje al pueblo, para entre otras cosas, comernos unas chuletas de cordero asadas. Yo me encargué de todos los preparativos y uno de ellos —imprescindible— eran unas parrillas.



De las amistades que allí hemos dejado, una de ellas es Marciana Martínez, una señorita (de mi quinta), dueña de una magnífica y antigua vivienda de labradores. A ella acudí y al preguntarle si tenía unas parrillas me dijo: "Mira, Antonio, tus pies están más ágiles que los míos, (ella tiene una prótesis), sube al desván y verás unas muy grandes colgadas en la pared". Subí, entré... y al mirar me dio la sensación de que me había metido en el túnel del tiempo haciéndome retroceder a la niñez. Entre antiguos aperos y útiles de labranza (arados, albardas, jáquimas, cuartillas, medios celmines, horcas, bielgos, etc. etc.) ví una cama de hierro y un lavabo de madera con su espejo ovalado, su palangana, su cubo y su jarro, iguales a los que yo había utilizado en casa de mis padres.

Pero lo que más me llamó la atención y me hizo mella, fue un viejo molinillo que entre ollas de barro, cántaros y otros trastos se encontraba en un rincón semicubierto de telarañas.

Me bajé pensando en todo lo que había visto. La estampa del molinillo me impresionó de tal forma que me era imposible de olvidar.

Una anécdota curiosa. Ya en el referido lugar de "La Peña del Olivar", mientras ellas y ellos se encargaban de preparar una pipirrana y encender la lumbre para asar las chuletas, yo me di un largo paseo por entre los pinos. El Molinillo no me dejaba; quería hablarme, quería decirme algo, y en el silencio de este bello paraje (solamente alterado por el gozoso canto de los pájaros y un armonioso ruido que las cristalinas aguas de un arroyo cercano producían en las mini-cascadas de su cauce), me senté recostado sobre el tronco de un gran pino y traté de dialogar con él, de "darle vida". Las

primeras estrofas del mismo allí nacieron. Y nacieron no en silencio, sino habladas. Yo ignoraba que había sido visto por uno de los excursionistas que nos acompañaban. Hasta él llegaron como eco no comprensible mis palabras. Bajó y un poco mosqueado le dijo a mi mujer: ¿Qué le pasa a Antonio que está sentado ahí arriba hablando solo?

Así fue cómo se fraguó este "Molinillo" que dice así:

EL MOLINILLO
(Recuerdos del ayer)

Un buen día me metí
en desván de antigua casa
para ver las cosas viejas
que en su interior encontraba.

Y en un rincón semioscuro
y lleno de telarañas
me tropecé con un trasto
de forma casi cuadrada.

Me agaché y lo cogí
a ver de qué se trataba.

Era un antiguo Molinillo
de aquellos que antes se usaban
para moler el café
en casi todas las casas.

Y como en los ripios míos
hasta los molinos hablan
os contaré qué me dijo
mientras que yo lo limpiaba:

"¡Antonio déjame ahí
en el rincón donde estaba!

¿No ves que ya mi madera
está muy resquebrajada;
no ves a mi manivela
que está bastante oxidada;
no ves a mi cajoncillo
que está muy deteriorado,
faltándole el tirador
y la madera de un lado?

*¿No ves mis ruedas dentadas,
que al estar llenas de orín
ya no pueden moler nada?*

*¡Antonio, déjame ahí,
en el rincón donde estaba!*

*Déjame que la carcoma
y la herrumbre me destruya:
ya no puedes arreglarme,
aunque agradezco tu ayuda.*

*Yo, que he sido en la cocina
pieza muy privilegiada
ocupando buen lugar
en alacena empotrada.*

*Yo, junto a una olla de barro,
que era donde el café hacían,
saludaba a la familia
un día tras otro día.*

*A mí, que manos femeninas
eran las que me trataban
y con cariño y con mimo
mi manivela giraban.*

*Y con un rum, rum, monótono
los granos les trituraba
al grosor que ellas querían
y en mi tornillo marcaban.*

*Y siempre que iba a moler
¡qué sitio me dedicaban,
sujeto entre sus rodillas
ahuecándose la falda.*

*A veces te lo confieso,
me he sentido un poco pillo
dándoles algún pellizco
en el más leve descuido.*

*Yo he servido de juguete
a la niña pequeñita
que orgullosa me cogía,
cuando jugaba a casitas.*

*Yo he visto cómo la industria
con el tiempo progresaba,
y a mí me daban de lado
y en el desván me dejaban.*

*Yo he visto cómo a la olla
junto a mí la despreciaban,
y cafetera automática
ahora su puesto ocupaba.*

*También el mío lo ocupa
nuevo molinillo eléctrico,
no de madera y de hierro,
que de plástico está hecho.*

*Antonio: hazme caso,
te lo pido una vez más,
deja que acabe mis días
en el rincón del desván.*

*¡Ya no sirvo para nada,
Antonio, déjame ahí,
en el sitio donde estaba!"*

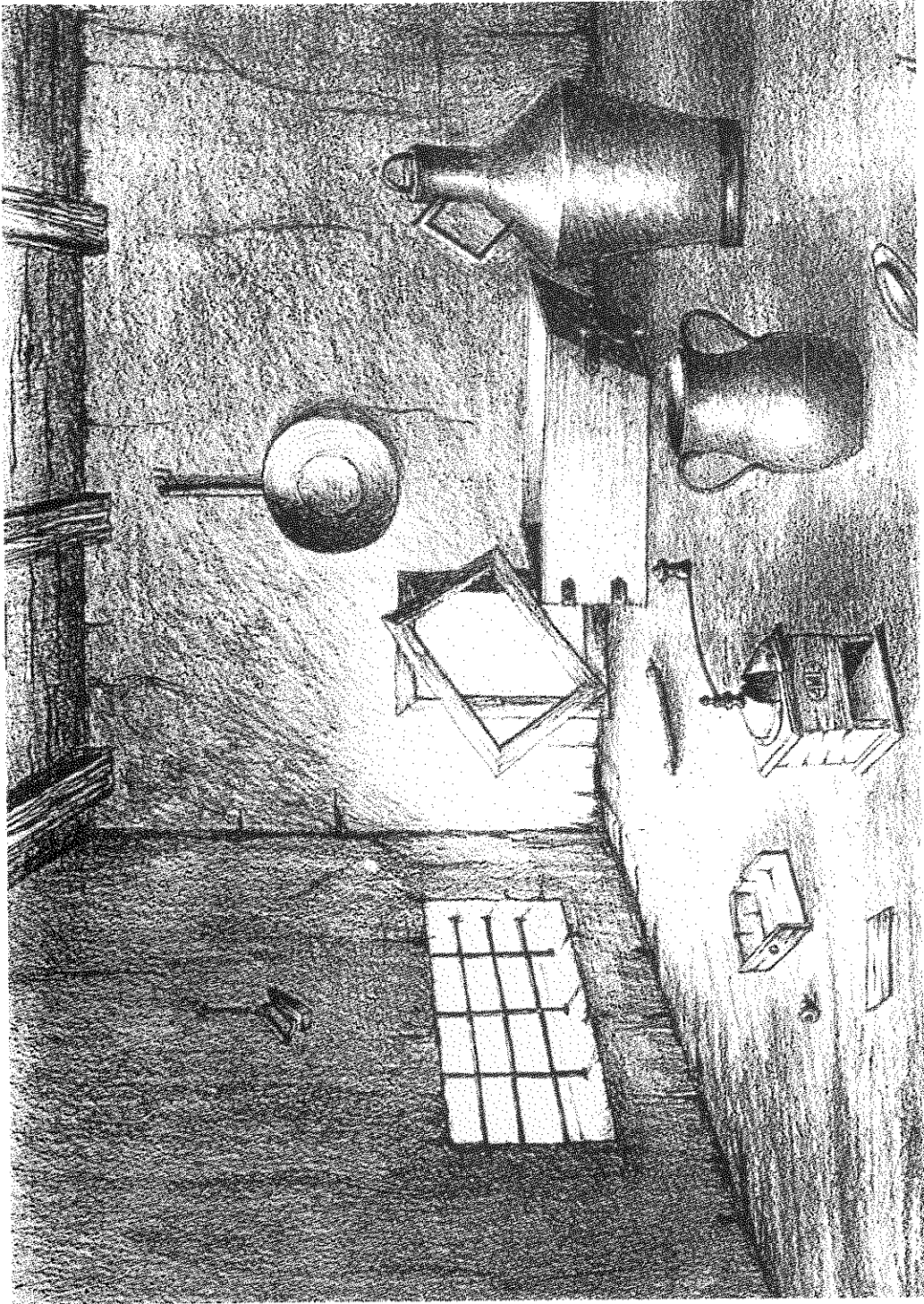
* * *

En este ambiente nostálgico volvió a sumirnos un poco FERNANDO LORITE. Trajo al recuerdo de todos la figura de un sacerdote ejemplar, Miguel LUQUE PARDO, el último prior de la parroquia de la Magdalena, fallecido con la ilusión de poder contemplar finalizadas las obras de restauración de su querida iglesia.

FERNANDO vivió aquel duro trance intensamente, y así lo describía:

LÁGRIMAS QUE REDIMEN AL HOMBRE

Dos de la madrugada de un desapacible diciembre. El subconsciente me ha jugado una faena interrumpiéndome el sueño. Imposible continuar acostado por más tiempo. El extraño sonido del viento al filtrarse por puertas, ventanas y balconadas, estremece mi ser, en parte por el frío, en parte por el extraño sueño que en forma de pesadilla, me hacía deambular por las oscuras habitaciones del



El molinillo en el desván. - Antonio Martínez Lombardo.

hogar como sonámbulo sin rumbo. De pronto las pupilas de mis ojos se dilatan y quedan fijas en la pequeña pero reluciente luz que emanaba desde el Portal de Belén que habían creado con inusitada paciencia mis hijos, con motivo de la Navidad. El resto de las figuritas, casas y Castillo de Herodes, apenas se vislumbraban en la penumbra.



Arrastro, más que cojo, una silla, para situarme frente a esa reluciente "luz" que tan poderosamente había llamado mi atención, haciendo "volar" mis pensamientos, rápidamente —años atrás— como si el sueño que había quedado roto bruscamente momentos antes, quisiera de nuevo enlazar en el punto exacto en que había quedado. ¡Cuántas vicisitudes le ocurrieron a ese pequeño niño Dios que tenía ante mis ojos en su corta existencia, hasta que fue crucificado en la Cruz!

Estábamos en Navidad, celebrando el nacimiento del niño Dios. Sin embargo, un grupo de hermanos de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Clemencia, María Magdalena y María Santísima del Mayor Dolor, habíamos trabajado denodadamente ocho meses consecutivos, en la hermosa tarea de volver a abrir al culto la iglesia parroquial de la Magdalena que llevaba cerrada dieciocho años, para, de esta forma, poder conmemorar la Semana de Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Reunía, de esta forma, en mi mente, ante aquella radiante luz, el Nacimiento, la Muerte y Resurrección de Cristo, en su Eterna Misericordia.

Y, sin dejar mis ojos un sólo instante de mirar hacia el Misterio, retornaron a mi pensamiento escenas, instantáneas, conversaciones, imágenes... No. No eran precisamente las imágenes de la vida de Cristo ¡Qué más hubiera deseado que así fuera! Sin embargo sí recordé las palabras de nuestro párroco, don Miguel Luque, pronunciadas en la primera reunión que con él mantuvimos, en la destartada Sacristía del templo de SAN JUAN DE DIOS, cuando tan sólo hacía dos días que la nueva junta de gobierno de la Cofradía de la

Magdalena habíamos tomado posesión de nuestros cargos: "Yo no necesito en la parroquia una Cofradía que tan sólo aparece por la iglesia veinte días antes de la Semana Santa para ponerlo todo mangas por hombro". Estas palabras se clavaron en mi corazón como un puñal, a pesar de que iban dirigidas a nuestros antecesores, pero los nuevos encargados de la Cofradía supimos captar su mensaje. Y nos pusimos a trabajar. Lo primero que le sugerí a Don Miguel fue el celebrar una Sabatina los primeros sábados de cada mes, y la idea le encantó, por ser un sacerdote enormemente mariano. Costumbre ésta que ha arraigado y continúa haciéndose.

Poco a poco nuestro querido párroco se dio cuenta que, de alguna forma, el panorama cofradiero en la parroquia estaba cambiando.

Nuestra colaboración era continua y la asistencia a los cultos se hacía cada vez más frecuente. Un día le comenté la posibilidad de abrir de nuevo el templo de la Magdalena al culto. El enjuto y simpático sacerdote, con una mueca que a mí entonces me pareció irónica, comentó: "Eso es en lo que yo estoy trabajando desde que vine de Linares, pero cada vez lo veo más difícil. Está visto que nunca podré tener mi propia parroquia. En Linares estaba de prestado y aquí, también me moriré sin conseguirlo". Aquellas palabras me entristecieron, y con un nudo en la garganta le dije que nos dejara a nosotros intentarlo. A eso respondió que esperásemos un tiempo prudencial y lo meditáramos con tranquilidad, porque lo que le proponía era una misión ardua y complicada y, además, él estaba esperando la contestación de algunas gestiones que, personalmente, había realizado con entidades públicas y privadas.

Transcurrieron unos meses y los improbables esfuerzos de nuestro párroco no daban el fruto apetecido. Por otro lado, en tan sólo dos meses profanaron y robaron dentro del templo de San Juan de Dios, penetrando los ladrones por las ventanas existentes en la parte alta del mismo y tras romper las vidrieras forzaron y destrozaron el Sagrario. Estos hechos motivaron el tener que tapiar las ventanas quedando el templo en la oscuridad. Días más tarde, los males se multiplicaron al abrirse en la bóveda unas grietas por las que, cuando llovía, caía el agua en el interior de la iglesia, ante el altar mayor, viéndonos obligados a poner cubos para recogerla, problema éste que se agravó al ser demolido el patio colindante del Hospital de San Juan de Dios, extendiéndose la humedad por una parte del templo,

precisamente en el lugar en donde la Cofradía tenía instaladas las imágenes del Cristo de la Clemencia, María Magdalena y María Santísima del Mayor Dolor.

Ante nuestra insistencia, Don Miguel accedió a que hiciéramos lo que buenamente pudiéramos, aunque ahora pienso —y él me lo confirmó después— que no tenía ninguna esperanza en el éxito de nuestra misión.

Abandoné parsimoniosamente la silla e, incorporándome, dirigí mis pasos hacia la ventana. Tras correr las cortinas comprobé que el viento había amainado y llovía copiosamente. Pegué la frente al cristal y el frío vidrio volvió a producir en mí ser nuevos escalofríos. Había permanecido más de una hora sentado ante el Belén y tenía los pies helados. Encendí la estufa y volví a recordar aquellos meses.

Recordé cómo fueron los primeros pasos dentro del templo. Había que rematar primero la obra interior, y para ello hablé con dos albañiles del barrio, JOSÉ ANGELES y MIGUEL PARDO, quienes desinteresadamente empezaron a cerrar las juntas de las columnas del templo. Previamente y utilizando mi viejo coche, había trasladado arena, cemento y yeso desde la cantera de los "Parroquias", quienes me la habían ofrecido desinteresadamente.

Poco a poco, y con las puertas del templo de par en par, los vecinos del barrio iban entrando, unos por curiosidad, y otros ofreciéndose para ayudarnos. Nuestras mujeres (las camareras de la junta de gobierno de la Cofradía), barrían una y otra vez el blanco suelo del templo. Con las espátulas, nuestros hijos arrancaban el cemento pegado al suelo. Después, litros y más litros de agua, al tiempo que, con grandes cepillos, raspábamos el suelo. Pero nada, no había forma de sacarle color a aquella baldosa que allí había puesto el arquitecto don Luis Berges. Parecían esponjas, pues cuanta más agua se les echaba, más agua empapaban y, al secarse, siempre estaban blanquecinas, por culpa del yeso que tenían acumulado. Por fin, la solución nos vino de la mano de las monjas de Santa Úrsula. Había que regar echarle gas-oil, después, óxido rojo y, por último, cera roja para terminar con cera incolora para su mantenimiento; después de hecho esto y de mucho frotar, la baldosa se tornó roja.

Mientras, los dos albañiles citados, con la ayuda de Juan Roselló, Andrés Díaz y los hermanos Antonio y Jesús Medina Quiles, quienes

al final serían los verdaderos artífices de cuantas obras de albañilería se llevaron a cabo en el templo, en unión de Agustín Palomino, que nos había prestado los andamios, habían terminado de arreglar las deficiencias del templo. Aún quedaba la torre del campanario. Allí no se había hecho nada por parte de Bellas Artes, y estaba en muy malas condiciones. Se pintó, se quitaron sacos y sacos de palominas, se taponaron los ventanucos para que no entraran las palomas, con tela metálica. Se quitó todo el escombros allí acumulado; por cierto que sus artífices cuando llegaron al pie de la torre estaban blancos como la nieve del polvo que llevaban encima. Por último se buscaron espacios para meter armarios que poco a poco íbamos trayendo desde la iglesia de San Juan de Dios.

A todo esto, las visitas de nuestro párroco, que al principio eran muy esporádicas, así como las de numerosos giennenses y los miembros de la Comisión de Arte del Obispado, se hicieron más frecuentes. Aquí hay testigos de cuanto estoy diciendo. Nuestra locura comenzaba a tomar cuerpo. El sueño podía hacerse realidad.

Una tras otra las gotas de agua se estrellaban contra los cristales y con la misma celeridad, una tras otra llegaban a mi mente las escenas vividas a lo largo de los ocho meses.

Veía a nuestros hijos Fernando M. Lorite y Germán Bermúdez con un soplete en una mano y la espátula en la otra quemando la vieja pintura de las puertas del templo. Veía a los más pequeños correr de un lado a otros llevando cosas que los mayores les encargábamos. Veía a Antonio Montes, midiendo el tamaño de los cristales de la futura cristalera que él iba a regalar. Veía a Germán Bermúdez, fabricano de la Cofradía, y a Tomás Martínez, vicegobernador de la misma, empujando la escalera de un lado a otro haciendo la nueva instalación eléctrica del templo. Veía a nuestras mujeres, Ana Navarro, Nani García y Rosario Paulano, junto con nuestras hijas, limpiando todo lo limpiable y barriendo por todos lados pues cuanto más se barría más polvo había. Veía a José Raya lijando, clavando puntas. Me veía a mí mismo, junto a Juan Paulano, pintando la puerta grande...

En la especial noche que estaba viviendo, sobresalía la humilde estampa del Niño Jesús, San José y María, entremezclándose con la Humillación, el Dolor moral, la Sed, la Agonía y Muerte de Jesús en la Cruz y las Lágrimas, el Dolor y la Soledad de María.



Interior de la Iglesia de La Magdalena antes de su restauración.

Prácticamente el trabajo estaba hecho, pero ¿de dónde sacábamos dinero para pagar los bancos de madera, el material eléctrico, arreglo de campanas, columnas de piedra, jardineras, apliques de hierro, lámparas, etc? Ya teníamos quien, altruistamente, nos hacía todos estos trabajos, pero ¿y el dinero?

Hablé con el director de Radio Jaén, Lorenzo Molina, quien puso la emisora de Radio Jaén a nuestra disposición durante media hora a lo largo de un mes, desde donde comenzamos a pedir dinero a los giennenses. Fue grande su generosidad y entre los donativos y la pequeña ayuda del Obispado, conseguimos 1.800.000 ptas.. que fueron invertidas en su totalidad en material, pues la mano de obra fue gratuita.

Así comenzaron a llegar los bancos hechos por José Raya, la lámpara de 3.000 kilos y apliques, forjados en hierro, realizados por Manuel Olmo, la instalación eléctrica, de Germán Bermúdez, el barnizado de los bancos, de Manolo Almagro, la vidriera, donada por Antonio Montes, etc. y, el templo empezó a tomar nueva fisonomía.

Don Miguel, mientras tanto, había ampliado sus visitas al templo y lo hacía a diario, a ver cómo iba su nueva parroquia. Llegó un momento en que él ya la veía terminada, pues me dijo: "Aquí pondremos al Cristo de la Clemencia, allí a la Magdalena, en este otro lugar a la Virgen, junto a esta columna ponemos a San Blas y, aquí, en medio, a San José. ¡Ah!, ¿Dónde ponemos al Cristo de Medinaceli? Giramos en redondo nuestros pasos hasta que le buscamos el lugar más idóneo. Por último, el camarín del Cristo de la Caída, con los antiguos varales del "paso" de la Virgen. La idea le pareció genial. Ya iba a tener parroquia propia nuestro párroco. Estaba como un niño con zapatos nuevos y, el que esto os cuenta ya os lo podéis imaginar.

Ya faltaba poco para tener el templo terminado. Pintamos las puertas, fuimos al Seminario a por unas columnas y basas de piedra que necesitábamos, limpiando el estanque y sacando a los peces que, aunque os parezca algo raro, fue lo que más trabajo nos dio porque no queríamos que muriera ninguno. Por fin, tras poner nueva puerta de hierro en el patio del estanque que habíamos conseguido de los bajos de la Diputación, tan sólo faltaban las imágenes.

Abro nuevamente los ojos y observo que el cristal en donde se apoyó mi frente, ya no está frío; más bien me parece sudar. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Pensé que el hombre, como ser racional,

estaba dotado de una sensibilidad moral y física predispuesta a todos los afectos del alma, ya sea dominada por la alegría como por el dolor. En aquellos momentos sentía la alegría del nacimiento del Niño Dios, y el dolor de su muerte. Ambos acontecimientos produjeron en el fondo de mi ser tal emoción que mis ojos tomaron un brillo inusual y se desprendieron unas lágrimas sin poder retenerlas, mezclándose con el empañamiento de los cristales, resbalando hasta el final del junquillo de la ventana. Lágrimas que los cofrades intentamos disimular el día 22 de diciembre, cuando al inaugurar el nuevo templo, Don Miguel, nuestro párroco, no estaba con nosotros. Había caído enfermo. Él quería inaugurar la iglesia el día de la Inmaculada, pero nosotros aplazamos la fecha porque queríamos tenerlo ese gran día con nosotros. No pudo ser.

El día 23 de diciembre, el Diario "Jaén" publicaba una gran fotografía en su primera página. Don Miguel, en su lecho de dolor, vio la posición en que habían sido puestas las imágenes. Tal y como él lo había indicado.

Los primeros rayos de luz empezaron a entrar en la habitación. Había dejado de llover y una suave brisa movía la copa de los árboles. Entre la niebla matutina me pareció ver un ángel pequeño, como escapado del Belén, con chaqueta negra y boina. En una mano, un ramo de flores, en la otra, una carpeta de cuero llena de folios en los que se leía: "Canciones de Navidad. Parroquia de la Magdalena".

Un profundo sopor se apoderó de mí. Cuando dirigía mis pasos al lecho, fijé nuevamente los ojos en el pequeño Niño iluminado como si continuara soñando. De nuevo, en la cama, mis pensamientos volaron —una vez más— a la tarde del día de la reapertura del templo, en que las estrellas brillantes fueron testigos mudos de nuestra alegría y sufrimiento, parpadeando y brillando con más intensidad cuando contemplábamos nuestras imágenes. Quedé profundamente dormido y, entre sueños, sentí a través del teléfono una angustiada voz que me decía: "Fernando, Don Miguel ha muerto". ¡Dios mío, será verdad, o todavía sigo soñando!

Pocos minutos después, me encontraba abrazado a su hermano, llorando la muerte de aquel gran sacerdote, ante su lecho de muerte en Hospital Princesa de España, quien al igual que Moisés, nunca llegó a ver su templo prometido.

* * *

A suavizar la pena del buen amigo desaparecido, contribuyó no poco un suave y rico olorcillo que comenzaba a bañar la estancia. Provenía de unas cazuelas de barro con guiso bien adobado de fresca merluza. Y ¡loado sea Dios! que si gratificante era su gustoso olor, mucho más lo era su gustoso sabor. En este grato menester nos adentramos y gustosamente concluimos, alentados siempre por el vino blanco de Bailén.

Hete aquí que otro tan gustoso y rico placer nos aguardaba: escuchar y curiosear con admiración esas "cosillas" entrañables que Manolo CABALLERO había sacado y traído "Del cajón de los recuerdos..." Este grande pero menudito canónigo (tan diferente, en "chichas", de aquellos orondos capitulares del Renacimiento) unas veces nos sorprende con un tomazo impresionante de su incomparable *Diccionario bibliográfico giennense*, otras con un librito de inspirados poemas, y otras con estas antañonas curiosidades de su familia... ¡Lean, lean, por favor, y disfruten recordando de nuevo, o por primera vez...!

"DEL CAJÓN DE LOS RECUERDOS..."

En el viejo cajón de una cómoda guardamos en mi casa añejos recuerdos de familia. Allí, en estrecha clausura, tiempo y personas esperan remansados el feliz momento de la evocación:

—Antiguas sonrisas femeninas, esbozadas bajo el palio gracioso de una mantilla, se van empalideciendo suavemente. El sepia original de los antañones retratos se esfuma y termina diluido en el fondo cerúleo de la estampa. Igual ocurre con el gesto varonil y las miradas profundas de aquellos hombres de mi sangre—.

Junto a los retratos, también erwejecen las postales, las colecciones de láminas "en rosario" de los Baños de Archena, en donde los abuelos intentaban remediar sus reumas; o los de Panticosa, en donde el tío Luis no consiguió salvarse de la tisis. El vaso de recio cristal, enfundado en un canastillo de palma, nos acerca a un lejano Marmolejo, por donde circulaban Armando Palacio Valdés, Francisco Rodríguez Marín o el Doctor Thebussen, entre otros ilustres "aguanosos".

El batiburrillo del delicioso cajón es impresionante y va cobrando grados de emotividad, a veces de signo contrapuesto. Junto a medallas y estadales de alegres romerías a los santuarios de la Cabeza, Alharilla de Porcuna o Consolación de Torredonjimeno, se conjugan severos y oscuros recordatorios de amigos y familiares, que dejaron esta orilla y esperan en la paz la confirmación de la esperanza. Lazos de Primera comunión (con sus flequitos dorados y sus cálices), espigas y racimos de uvas pintados a la aguada, se mezclan con alfileteros de hueso que pertenecieron a la abuela, y en los que se ve al trasluz el granadino Patio de los Leones, la Giralda o la Mezquita de Córdoba por un agujerito, situado en los más alto del capuchón.



Y así podíamos ir desmenuzando presencias de un ayer intensamente vivido por una sencilla familia marteña, gente de fe cristiana, gente labradora.

Quizás el más significativo signo de todo ello lo comprendía un abultado librito, al que llamamos el misal de la abuela. En realidad se trata de una edición del Devocionario cotidiano o Práctica manual de las obligaciones más indispensables al cristiano del presbítero José María Sbarbi, publicado en 1881 en München-Gladbach (Alemania). Preciosa y delicadamente encuadernado en piel, con cantos al oro viejo y sencilla abrazadera plateada, constituye un romántico complemento que, junto con el rutilante rosario de nácar y filigrana, se usaba por la mujer española al visitar los Sagrarios en las tardes y anohecidas del Jueves Santo.

Probablemente el "misalito" fue uno de los regalos intercambiados en el noviazgo de mis abuelos. Sea cual sea su razón de ser entre la barahúnda de los recuerdos familiares, lo cierto es que ocupaba un puesto preferente en el mundo sentimental de mi abuela, que incluso ha quedado retenido entre sus marfileñas hojas.

En efecto, entre las páginas 518 y 519, la entonces juvenil mano de la abuela aprisionó el testimonio de una lejana primavera, ahora

un marchito pensamiento. Triunfando de la muerte y la distancia temporal, la ajada flor aún continúa en su labor testimonial de algo vivido y acariciado, algo que nos fundamenta para la reconstrucción de una escena romántica..., y no sabemos si el pedúnculo conservado pudiera sostener aún la firme huella de la mano del abuelo. Sea lo que fuere, la aprisionada flor—descolorida y habiendo trasfundido su sustancia a las hojas del devoto librito— continúa proclamando la divina sentencia: "el amor es más fuerte que la muerte".

Además de la flor, allí encontramos también asiladas dos recias coordenadas de una espiritualidad marteña y labradora.

Una de ellas viene representada por un trozo de tela en el que, rodeada por la inscripción: "Viva Ntra. Sra. de la Villa. Martos", se encuentra impresa la Imagen que es suma y compendio del amor marteño hacia la Madre de Dios.

La otra corresponde al talante del hogar que fundaron mis abuelos y se concreta en una pequeña hoja, impresa por los Sres. Rubio, de Jaén, en el último tercio del pasado siglo. El texto lo constituye una décima con el título de "Oración a San Antonio Abad, con 40 días de indulgencia que concede el Ilmo. Señor Obispo a los fieles que la reciten" y se expresa en estos términos:

San Antón, Abad bendito,
Que de Dios estás gozando
y por nosotros orando:
Bendito seas, bendito.
Tu protección necesito
Ante el Dios de la clemencia
Para que su Providencia,
Generosa y liberal,
Me libre de todo mal,
Y si no, me de paciencia.

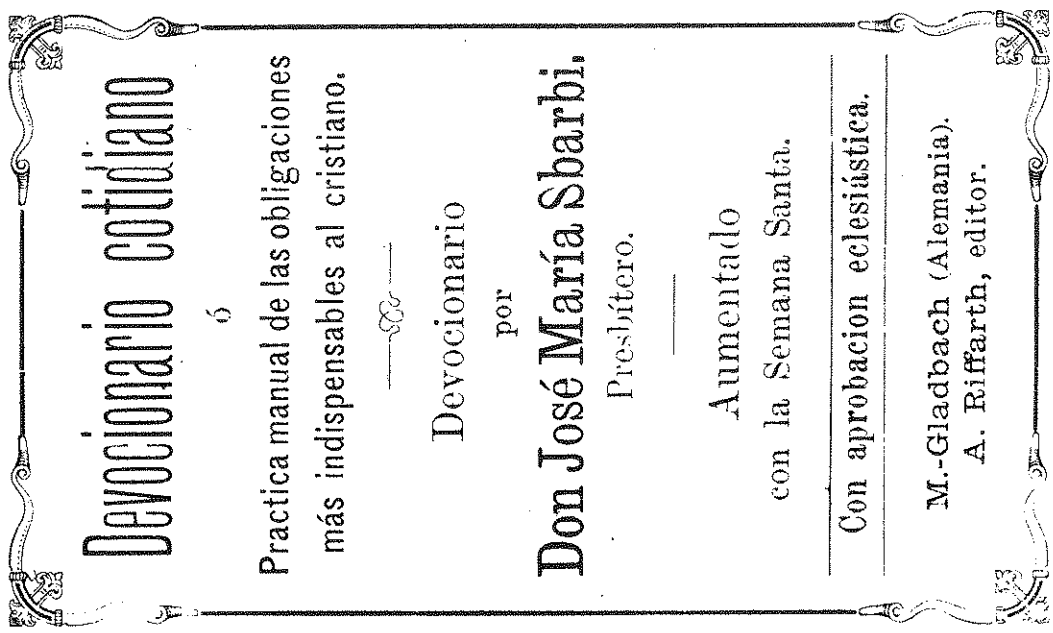
La ingenua poesía, desnuda de pretensiones líricas, agreste y directa, responde a la confiada postura de una familia labradora frente al santo Patrón de todos los animales, cuyo altar se adornaba con velas y exvotos en la marteña Parroquia de Santa Marta antes de 1936. Esta oración, acompañada de su correspondiente Padre nuestro, Ave María y Gloria, formaba parte del largo colofón que seguía al Rosario familiar. Y tal como se hacía en este hogar marteño de la calle Triana, tal debió hacerse en otros muchos desperdigados por la geografía provinciana.

En otras ocasiones los Amigos de San Antón han podido escuchar la autorizada voz de Carmen Argente del Castillo, cuando en el Arco de San Lorenzo nos habló de "La Orden de San Antón en Jaén", o leer el jugoso y documentado artículo de Rufino Almansa Tallante sobre "El Hospital de San Antón de la Villa de La Iruela"; también han podido, o pueden, contrastar cómo la devoción hacia el Santo que se adorna con la simpática figura del marrano, hizo mella y presencia en las altas capas de la sociedad giennense, como testifican los Estatutos y Ordenanzas de la Cofradía de Sr. San Pedro y San Antonio Abad, fechados en 18 de enero de 1634. Esta cofradía, erigida en la Parroquial de San Pedro de Jaén, convocó en su seno a lo más granado de la sociedad del momento, destacando en sus filas la figura del Dr. Juan Gutiérrez de Godoy, una de las personalidades científicas de más relieve en nuestra Medicina del siglo XVII. Pero esto es la "alta historia" de San Antón en esta tierra del viejo olivo y los quebrados horizontes...

En esta noche de la Cena de Santa Catalina, revolviendo marchitos y cordiales recuerdos familiares, he querido rescatar la misma vibración devocional en estratos sociales más modestos, en el marco de amor y trabajo de una sencilla familia marteña.

Perdonad que os haya obligado a entrar en nuestro pequeño mundo, al abrir ante vosotros el viejo cajón de la abuela, para haceros partícipes de una olvidada décima.

Al igual que en aquellos famosos "convivia" de época romana, tampoco en el nuestro iba a existir carencia del necesario complemento cárnico. Por eso, allí apareció el maestresala D. José SÁNCHEZ DÍAZ (con su usual presteza y amabilidad) portando amplias fuentes repletas de perdices en escabeche. ¡Riquísimas por el punto logrado en cocción y en aliños! Bien merece que —un año más— en nombre de todos los amigos de S. Antón dé mis más cumplidos (pero sinceros y merecidos) parabienes, junto con nuestro agradecimiento, a D. Antonio MOLINA FERNÁNDEZ, dueño del restaurante "La Ponderosa", en los alrededores de nuestro Jaén. Él, cada año, continúa preparando —con verdaderos cariño e ilusión— estas simpá-



Primeras páginas del devocionario

ticas e inolvidables cenas otoñales. Justo es también que —desde aquí— testimoniemos y alarguemos nuestro agradecimiento al ya citado camarero SÁNCHEZ DÍAZ y a su pinche ayudante de cocina y servicio D. José Manuel COBO GÜETO; ellos también colaboraron para que todo resultase perfecto. ¡Ojo! ¿Perfecto, perfecto...? A mi juicio y criterio sólo existió un fallo: nuestra rica agua giennense de MARMOLEJO debía haber desplazado a la granaina de *Lanjarón*. Pero, ahí queda constatado —seguro estoy—, y en otra próxima ocasión será subsanado oportunamente ese mínimo error.

Aún saboreábamos los últimos huesecillos y el oloroso caldo, cuando la campanilla monástica nos elevó a otros gustos superiores (transcurrida ya la una de la madrugada). A los buenos jaeneros de a pie, nos duele contemplar, día a día y año tras año, el escaso —o mejor, nulo— gusto con el que los arquitectos contemporáneos culminan sus edificios urbanos en lo relativo a fachadas. Pocos, poquísimos son los que pueden escapar de estas justificadas críticas. Una de las honrosas excepciones la constituye José M^a PARDO CRESPO. Sus aciertos arquitectónicos en nuestra geografía urbana son notorios y bien visibles. Como muestra pequeña acerca de sus inquietudes urbanísticas en la capital giennense, nos leyó estas reflexiones:

"LA PLAZA DE LA RENFE, UNA PLAZA QUE ECHA HUMO"

Avanzaba el mes de septiembre de 1868, cuando los políticos giennenses, encabezados por el incansable Joaquín Ruiz Giménez, consiguieron para nuestra provincia la línea del soñado ferrocarril; y es precisamente el mes de julio de 1870, cuando se promulga la ley que autoriza al gobierno de la nación sacar a subasta un ferrocarril, que desde Espeluy a Linares llegue hasta el Mediterráneo, pasando por Jaén y Granada.

La "Gaceta", el 18 de julio de 1877, publica la Real Orden, por la que se concede a D. Jorge Loring (Marqués de Casa Loring), el proyecto del ferrocarril de Linares a Puente Genil, comenzándose las obras a finales del 79, entre la vecina ciudad minera y nuestra Jaén.

Era un esfuerzo digno de mención, pues a decir del destacado miembro de la Sociedad Económica y eminente médico, D. Eloy Espejo, ..."si el Marqués de la Casa Loring" no hubiese venido a realizarlo, los hijos de Jaén, con "el corazón henchido de amor a su pueblo y empuñando el azadón y la piqueta, habían abierto la ancha vía para recibir en ella ese emblema de la civilización y el progreso, llamado locomotora".



Por fin el 6 de julio de 1881, la estación de Jaén recibía la máquina de vapor, con el júbilo y entusiasmo de un pueblo, que tras muchos años de esfuerzo, veía coronado un anhelado proyecto; siendo la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces quien comenzó la explotación de la línea.

No menos emotivo fue el momento de la llegada a la ciudad del primer tren de viajeros, el 18 de Agosto del mismo año, y que tan deliciosamente plasmó en el lienzo el pintor costumbrista Pedro Rodríguez de la Torre, hoy colgado en la Casa de Villegas.

Pues bien, una vez conseguido el tren, hubo de construirse una estación, que albergara las distintas dependencias que todo ferrocarril lleva consigo.

La estación, constructivamente, no tenía elementos dignos de destacar, a excepción de la marquesina del andén que daba a norte, que era una filigrana en hierro colado y que por desgracia no se ha conservado,

El acceso a la estación se hacía, a través de un amplio y sombreado paseo, que se le comenzó llamando "Paseo del Marqués de Casa Loring"; y fue a un sesudo concejal llamado Rosendo de los Ríos, a quien se le ocurrió la feliz idea del rectilíneo trazado, debatiéndose en el Ayuntamiento el 5 de julio de 1881.

El amplio y generoso paseo de la Estación arrancaba al final de la calle Progreso, hoy Roldán y Marín, y desembocaba en la Estación del ferrocarril, produciéndose un anchurón destartado, que sería el germen y el comienzo de la controvertida Plaza de la Renfe.

A la citada Plaza aflúan artísticos y elegantes carruajes, a través de una amplia vía en el centro, haciéndolo los viandantes por medio de los paseos laterales de menor anchura, completándose con un total de unos veinte metros, espacio muy importante para los tiempos que corrían, y convirtiéndose sin duda, en una importante vía de circulación para la futura ciudad.

Este entrañable "Paseo de la Estación" ha sufrido serios cambios en su estructura urbanística y en su denominación; y así, por acuerdo del 28 de marzo de 1904, pasa a llamarse "Paseo de Alfonso XIII", más tarde, una vez concluida la guerra civil, se le conoce como "Paseo del Generalísimo"; en 1961, tras la elaboración de múltiples bocetos por técnicos municipales, los políticos deciden cambiar su fisonomía, y lo que fue un delicioso boulevard se transforma en una arteria de fuerte tensión de tráfico rodado, cuyo único fin era conseguir que los vehículos llegaran cuanto antes a la legendaria estación de ferrocarril. Recientemente recobra su primitivo nombre de "Paseo de la Estación"; y la generosa anchura de las aceras lo han convertido en un paseo agradable, con abundante comercio.

Hacia los años 40 la primitiva Plaza de la Renfe era, pues, un espacio destartado y amplio, configurado por un edificio no demasiado bello de dos plantas, pero que presentaba una cierta gracia en sus líneas arquitectónicas, y eso sí, magnificaba su presencia ante las vías férreas la artística y labrada marquesina de hierro colado, que acogía generosa a los viajeros, en las gélidas y airosas noches del invierno jiennense.

En su lado este y a modo de guardián, se elevaba celoso un pequeño edificio de dos plantas, de una arquitectura fría y con cantería labrada, a base de exágonos, cual si de colmena se tratara; en una cartela pequeña se leía 1905. Eran dependencias, que han servido de viviendas a los cualificados funcionarios de las viejas Compañías de los antiguamente llamados "camino de hierro".

Completaban el primitivo espacio urbanístico unas airosas naves industriales, con amplios voladizos de madera, que le daban un ambiente de ciudad industrializada, como si de verdad lo fuera; vano espejismo el nuestro, como más tarde se ha podido comprobar.

Con esta configuración sobria y esperanzadora ha continuado nuestra legendaria Plaza hasta 1975, año en que Ayuntamiento y Renfe comienzan las negociaciones para su traslado, pues su ubica-

ción un auténtico tapón urbanístico para el desarrollo natural de la ciudad hacia el llano, y es en el 77, cuando se hace público el estudio en el que se decide el definitivo traslado, tan anhelado por todos.

Avanza lento el tiempo, y es el Banco de España hacia los años 80 quien planta enfrente del viejo edificio ferroviario una mole de mármol rojo sin pulir, de bellas y modernas formas, diseñado por mi colega Rafael Moneo, que desafían a modo de reto la desaparición del legendario caserón, que supone un serio obstáculo para la continuación del añorado bulevard.

Unos años más tarde, concretamente en el 86, se debate profundamente en el Ayuntamiento, el futuro de esta Plaza, que será clave en el desarrollo urbanístico de nuestra ciudad. Éste que os habla presenta, siendo concejal, una ponencia para trasladar la estación a las Fuentezuelas, con el doble fin de evitar el tapón urbanístico en la plaza, y a la vez que el Gran Eje tenga una segunda vía paralela (hoy la vía del tren) para descongestionar el tráfico rodado. La ponencia se debate durante tres horas siendo alcalde Emilio Arroyo; y como la democracia tiene su grandeza en la libertad, se vota, y la estación se traslada a donde se encuentra actualmente, creando un espacio semicerrado a poniente.

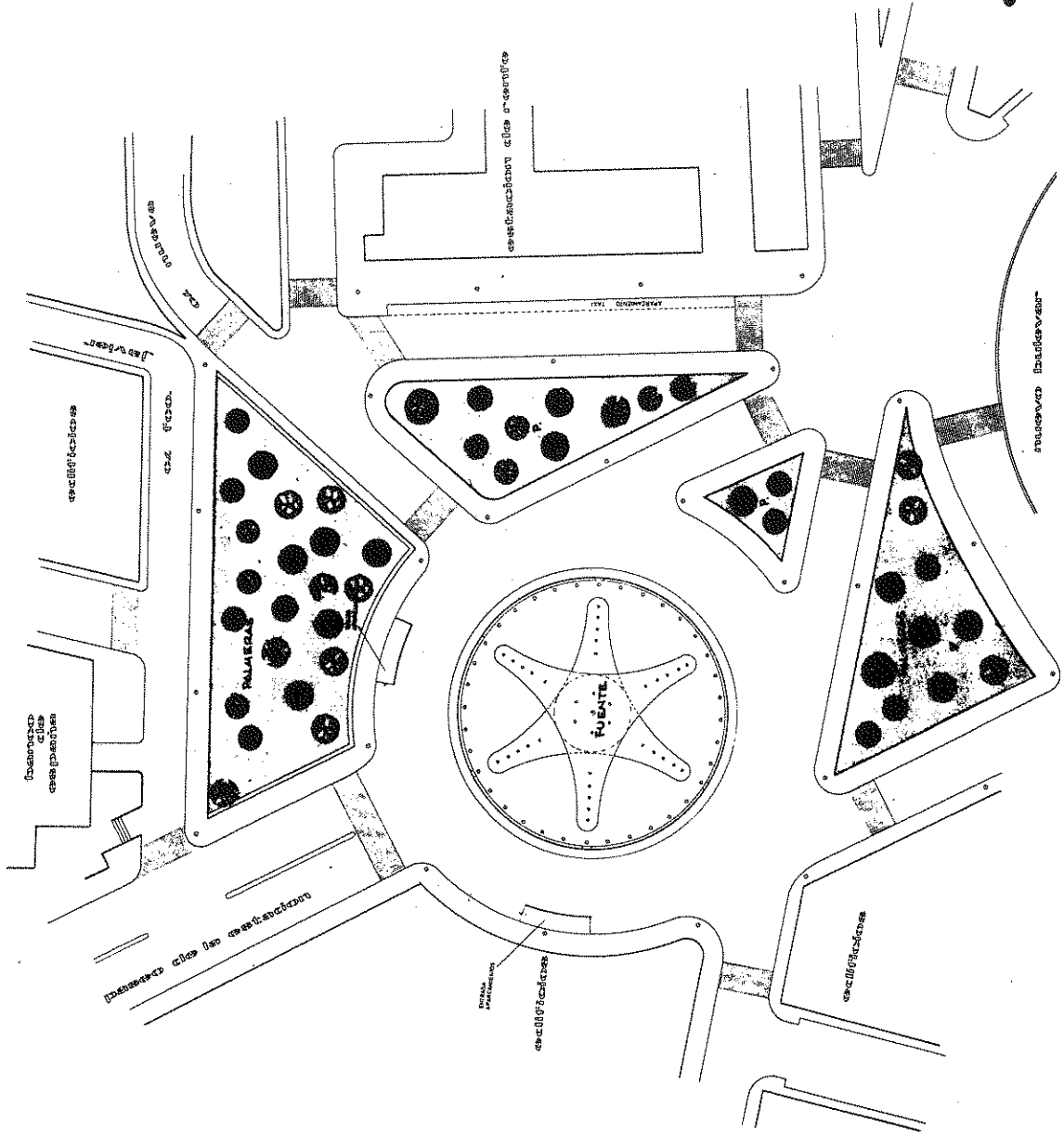
Renfe construye un edificio híbrido, de serie, con líneas y diseño vulgares y que no aporta nada a la arquitectura local.

Hacia el año 90, el Ayuntamiento saca a subasta los terrenos sobrantes, en donde primitivamente se situaron las casas de los funcionarios, y en cuyos solares se levantan edificios de altura que, con sus esbeltas y modernas fachadas, cerrarán el espacio de saliente.

Simultáneamente, la corporación municipal saca a "concurso de ideas" la ordenación de este espacio público, ganando el proyecto de Francisco Moral, con espacios circulares secantes, regados mediante una cortina de agua vaporizada, que no se ha llegado a construir.

Hoy día, se planifica la plaza con una fuente cibernética en el centro y rodeada por un sinfín de palmeras, a modo de oasis, que fue el proyecto que se quedó finalista, y que yo firmé, convencido que era lo mejor para un espacio, cuya única misión era dirigir la circulación de la ciudad del año 2000. ¡Ojalá se lleve a cabo!

Para completar el espacio de la Plaza, el Plan General de Ordenación



CONCURSO DE
IDEAS PARA
ORDENAR LA
PLAZA DE
LA ESTACION
JAEN

LEMA:
"EL OASIS"
CIBERNETICO
EL ARQUITECTO - URBANISTA
JOSE MARIA RIBBO CASI/PA
OP. 01.22.0323

Urbana plasma, en su planeamiento, el tan cacareado Plan Parcial RP-4, que alberga en su seno un ancho bulevard (cinco veces el actual "Paseo de la Estación"), flanqueado a ambos lados por sendas Unidades de Actuación Urbanística, cuales son la 23 y 25 que completarán con su desarrollo edificatorio de bloques exentos y espaciosas calzadas, (la conocida J-30 entre ellas) el lado norte de esta Plaza tan controvertida, a la vez que necesaria, y que con un diámetro de 90 m. será sin duda el símbolo de la ciudad moderna y llana, reflejo proyectado del escarpado Jaén árabe, emboscado entre las rocas del Cerro de Santa Catalina.

Ésta es, en síntesis, la historia de un espacio público, que comenzó siendo "Plaza de la Renfe", para convertirse, sin quererlo, en escenario del populoso y bullanguero mercadillo, y albergando, en su suelo, coloreantes y alegres cachivaches de una improvisada Feria de San Lucas.

Ella misma espera con ansiedad, en un futuro no muy lejano, reconquistar el papel noble que el urbanismo de nuestra ciudad le tiene encomendado, y ser el centro vital de un tráfico bullidor e inquieto del inexorable Jaén del año 2000.

LOS POSTRES

Era bien pasada la una y media de la mañana. En el centro de cada mesa fueron colocándose grandes fruteros saturados y vistosos con sus variadas frutas: naranjas, plátanos, manzanas, chirimoyas, uvas... ¡Espléndido colofón para un tan espléndido convivio!

En este momento justo —tras ese postre abundante y vario— se yergue la figura y la voz de un comensal, amigo entrañable desde hace mucho tiempo y galeno de toda mi familia (¡con cuánto ojo clínico y con cuánto cariño asistió a mi padre hasta el último instante!). Me refiero a Diego JEREZ JUSTICIA. Durante estas cenas festivas de los Amigos de S. Antón suele él obsequiarnos con la remembranza de algún hecho o dicho curioso sobre nuestras personas o cosas de Jaén. En esta ocasión fueron las siguientes cuatro anécdotas, singulares y graciosas:

DON LOPE EN LAS CORTES

La historia de las pequeñas cosas escapan, por lo general pasan y se pierden con el tiempo. Nunca mejor que rescatarlas del limbo en estas íntimas cenas de los Amigos de San Antón.

La Cena Jocosa de Baltasar de Alcázar es universalmente conocida parodiada, imitada, glosada etc., pero muchos giennenses ignoran que fue adudada por un Diputado a Cortes, en una sesión de las Constituyentes del 1873-74.



Se trataba de D. José De Navarrete y Vela Hidalgo, natural de Rota, donde nació en 1835 y murió en 1901, andaluz zumbón, coronel de Artillería, del que dice Cejador en su Magna Historia de la Literatura Española que era gracioso, espiritista rabioso y como suelen ser las tales personas, de excelente trato; reunía con frecuencia a cenar en su casa a D. Juan Valera, Rodríguez Correa y otros personajes de la época...

En una intervención de las mencionadas Cortes, y tras la exposición de diversas consideraciones políticas auténticamente proféticas para los tiempos en que vivimos hoy, tras dirigirse al Sr. Presidente diciéndole: le suplico que tenga benevolencia conmigo con el tiempo, porque no me seduce usar de la palabra con acompañamiento de cencerrada (aludiendo a la campanilla), termina su crítica del siguiente modo: "Entro ahora en la cuestión política; en el pleito de suspensión de sesiones: yo también, como otros, no puedo olvidarme de las aficiones literarias que tuve cuando el polvo del camino de la vida no había salpicado aún mi cabeza. Y digo esto para disculpar la exposición de los puntos de semejanza que yo encuentro entre esa Mayoría Parlamentaria y una poesía de Baltasar de Alcázar titulada "La cena". Principió aquella mayoría por nombrar la Comisión Constitucional que redactó la Constitución a marchas forzadas, como el protagonista de la Cena empezó por decirle a Inés que iba a contarle una cosa muy brava de un caballero llamado D. Lope de Sosa, natural de Jaén, que tenía un

criado portugués a su servicio; pero así como éste se distrajo ponderando las excelencias del tinto añejo y de la oronda morcilla que le ponían sobre la mesa, de la misma manera esa Mayoría Parlamentaria se ha distraído dejando sin cenar al país con terribles contribuciones de oro y de sangre. Y cuando ha llegado la hora que parecía que debíamos de hacer algo de aquello para lo que hemos venido a estas Cortes, dice la Mayoría lo mismo que dijo el protagonista de la Cena, cuando levantaron los manteles:

*"Pues sabrás Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo;
las once dan, yo me duermo,
quédese para mañana. (Risas en los escaños)"*.

UN "RIFIFI" DE JAÉN.

Noticia en Buenos Aires: el día 10 de abril de 1896 apareció en la prensa porteña la siguiente noticia:

"Es objeto de la general conversación en Jaén el robo cometido en la casa de banca Santamaría Mediano. Esta mañana al abrirse el escritorio, hallóse un gran desorden, los cajones habían sido abiertos y los muebles estropeados y rotos. En el suelo notóse un escaló que partía de la bodega de la casa.

En el suelo de la oficina había una palanqueta, una barra de hierro y un berbiquí. Faltaban de la caja y de algunos muebles tres sacos con 3.000 reales de calderilla, 1.250 pesetas en plata y alhajas por valor de 5.000 pesetas". Todo un acontecimiento delictivo de entonces.

LAS ESES DE BAEZA EN MADRID.

(En época de Jiménez Díaz).

Cierto médico baezano andaba por San Carlos. En una sesión clínica preguntó al enfermo: ¿Cómo "hace" Usted las "heses"? El paciente contestó: yo, doctor, no sé mucho de escuela, pero como todo el mundo, así: (señalando en el aire dos curvas que indicaban tal consonante).

UN NOMBRE FAMILIAR DE JAÉN, EN BARCELONA.

Fuera pueden crear problemas. Es corriente llamar " a las María Auxiliadoras, como "Auxilio".

Yo tenía una paciente de Martos que esa era su gracia. Desapareció un tiempo de la consulta a la que era asidua por su diabetes. Al volver a verla aparecer, le digo: "¿Dónde ha estado, que no la he visto hace tiempo?" Pues mire —me dijo— me fui a Barcelona a servir; me coloqué en casa de un médico que tenía diez hijos que eran más malos que rayos. Todo lo hubiera soportado, si no hubiera habido en la casa una cocinera que se llamaba Socorro. Como los señores estaban mucho fuera y los "zagales" eran diablos, estaban todo el día diciendo: ¡¡SOCORRO!! ¡¡AUXILIO!!... Y para qué le quiero contar; llamaron los vecinos hasta a los bomberos.

LA SOBREMESA.

Seguidamente dejamos las estancias del comedor para trasladar la sobremesa al vestíbulo-atrio, en donde habíamos iniciado la convivencia. Ahí otras mesas se hallaban preciosamente aderezadas con un nuevo ágape, muy dulce (¡nunca mejor dicho!), y además muy de la tierra: Yemas de las monjas Descalzas de Jaén, hojaldrinas de Mata y Campos (de Alcaudete y Arjona), almendrados caseros, roscos de anís... Y para "regar" todo eso fuimos escanciando con espaciosa parsimonia el anís "Castillo de Jaén" y la crema de café (de las conocidas y muy jaeneras destilerías de mi pariente Angel Tirado).

Nos encontrábamos en este dulce menester, cuando fuimos requeridos para prestar atención al broche de oro poético de toda nuestra tertulia.

Dicen por ahí que no existe una "figura señora" dentro de la poesía giennense de la postguerra. A tal conclusión parece que llegaron unos cuantos poetas y literatos, durante un reciente coloquio mantenido al respecto en nuestro Campus Universitario. Yo no soy crítico literario, y ni entré ni entro ahora en el debate. Pero desde luego sí estoy convencido de que —entre lo mejor y tal vez lo óptimo de nuestros poetas giennenses coetáneos— figuran en destacado lugar Felipe MOLINA VERDEJO y Miguel CALVO MORILLO.

El primero de ellos, Felipe, con esa maestría suya, tan peculiar y "señera", con su impecable dicción y magistral declamación, y gracias —no menos— a su envidiable memoria, recitó un delicioso poema a nuestra "luminosa" catedral":

"CATEDRAL LUMINOSA, LA CATEDRAL DE JAÉN"

*Piedras blancas, sagradas,
materia apenas; luz aprehendida,
que se elevan, aladas,
toda gravitación ya suspendida.
Arrebatado miro
la pasión y la audacia de su vuelo:
aquí recta, allí giro,
y lisuras de planos nivelados,
y cuidadoso celo
en mostrar a los ojos encelados
primores de cinceles
en medallas, en frisos recamados,
en fustes, en corintios capiteles.
Polígonos del aire, geometría
de la luz, concreciones
de espacio, de equilibrio, de armonía.*

*Domésticos balcones
atemperan los áulicos pilares,
y en el cornisamiento y balaustrada
se asoman, familiares,*

*los báculos, las plumas y la espada.
Aquí se pone en singular relieve
la Asunción más hermosa y más segura
que el arte humano a concebir se atreve.*

*Doctoras en aquella asignatura
que dieron, renacida, las escuelas,
¿quién rinde la elegancia, la medida
de esas torres gemelas?
Ponderadas, precisas,
asentadas premisas
de todo el teologal razonamiento,*



las nació noble traza tan iguales
que alcanzaron igual encumbramiento,
ni distintas, ni opuestas, ni rivales.

El genio las quería
emblemas de los tiempos que llegaban,
en los que un mundo antiguo se perdía,
y desiguales torres se igualaban.
Así las levantó que compitieran
con la altivez vecina de los montes,
y cotas nuevas fueran
para una mar ardida de horizontes.

Ellas enderezaron la derrota
de barcas que volvían,
próspero el viento o con la sirga rota,
pero que en sus bitácoras crecían
las ansias de avistar en lontananza
faros que ya encendiera la añoranza.

Y luego que mis ojos se recrean
la belleza de afuera contemplando,
porque espíritu y fe menos no sean,
a los adentros de ella los voy dando.
Y una alma claridad me los anega,
una luz extasiada
que no sabré decir de dónde llega,
en celestial criatura transformada.
En forma inaprensible, pero viva,
que todo lo trasciende,
y al más rebelde espíritu cautiva,
y a la más tibia devoción enciende.
Porción tiene que ser de la ardentía
que al monte de Judá transfiguraba.
Y retenerla el genio pretendía.
Y esta divina choza fabricaba.

Los ojos de ese fuego arcangelados,
a las subidas bóvedas me vuelan,
y las hallan Tabores tan labrados
que a dejar de mirarlas se rebelan.

Pero las voces graves
de los sonoros tubos los reclaman,



Juan Higuera Maldonado y Luis Coronas Tejada.



Antonio Casañas Llagostera y Juan Castellano de Dios.



Julio Puga Romero y Luis Armenteros Basterrechea.



Manuel Caballero Venzalá y Diego Jerez Justicia.

*y a las cruzadas naves
por las altas columnas se derraman.
Y dan con facistoles, con atriles
donde duermen los neumas salmodiales.
Y leen en el nogal de los sítiales
historias que escribieron los buriles.*

*Y van a los panales de las rejas,
ojos apicultores
de ameladas abejas,
y liban el prodigio de las flores
que en el hosco jardín de los metales
abrieron afamados forjadores.*

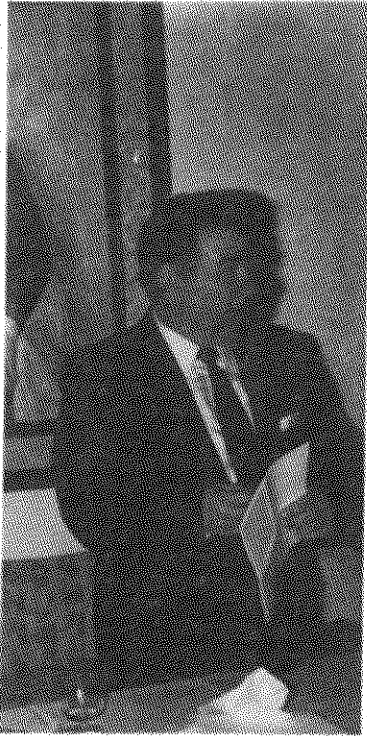
*Y se ciegan de platas y dorados,
y de pinceles áticos se ciegan.
Y al cabo, fatigados
de mirar tan copioso, se sosiegan.*

*Los párpados cerrados
para nada perder de lo aprehendido,
le ceden a la voz su arrobamiento.
Y un eco estremecido,
más que de son, de alado pensamiento,
al aire luminoso le declara:
¡Dios está aquí! ¡Salomón: te ha vencido
la gente que este Templo levantara!*

Pese a su habitual modestia y sencillez en el parangón con su amigo y compañero en lides poéticas, Miguel CALVO no le fue a la zaga tanto como él noblemente proclamaba. Nos deleitó —a su vez— con este otro poema:

JAÉN, SENCILLAMENTE

*Aquí donde los cielos se colman de infinito
y la tierra responde al grito de la vida.
Donde nacen los ríos Segura de la sed
y Guadalquivir del jazmín y de la adelfa,*



que transforma a su paso la ribera en vergeles,
los silencios en murmullos
y la aridez en gritos de cristales sonoros.

Aquí donde la tierra se entrega como madre
y es ubre generosa que jamás se fatiga
ofreciendo los verdes intensos del olivo,
que es plata y esmeralda de amores reluciendo
al beso luminoso de la tarde infinita.

Aquí donde los pinos elevan su gótica
presencia]
en las umbrosas sierras de Segura y Cazorla
donde el paisaje es como una sinfonía de
hermosura:]
el murmullo del agua, el trino de los pájaros,
el vuelo del jilguero que cruza como flecha
y es arco iris sonoro,
junto con la altivez de águilas y halcones,
que presiden en silencio los aires transparentes
y antiguos de esta tierra,
pequeño continente de hermosura y contrastes.

Aquí donde en los calmos reluce el pleamar
amarillento y pardo de surcos y de espigas,
y el ámbar transparente del báquico racimo
que sueña con lagares para hacerse canción
y alegre sentimiento.

Aquí donde la Historia palpita casi viva,
desde Toya hasta Cástulo, desde Tucci hasta Obulco,
donde piedras afloran con huellas de milenios.
Con castillos gloriosos, valientes y aguerridos,
como Segura y Baños,
que al tiempo desafían como viejos guerreros.

Aquí donde surgió la sangre Nazarita
que regaló al Islam la gloria del Alhambra.
Y ciudades que tienen las piedras cinceladas
como pequeñas gemas de luces prodigiosas,
calles de Sabiote y Úbeda, rincones de Baeza.
Oh, tierra de conquistas que ostentas en tu pecho,

como laurel invicto,
los victores sagrados de Bailén y las Navas,
y un estadal de tules
donde cuelga la imagen de la Virgen Chiquita
que tiene santuario allá en Sierra Morena.

Oh, Jaén, Oh, castillo de oro y de recuerdos,
con la huella indeleble de Andrés de Vandelvira
que modeló en aristas la fe que te sustenta.

Pero Jaén ya no sueña con viejos resplandores,
quiere que se desvele su andaluza hermosura
y dejar para siempre
la escoba y los harapos de humilde "cenicienta".
Que la nombren princesa de un reino de verdades,
donde los brazos labren, las palabras resuenen,
y el corazón responda valiente a los impulsos.
Porque Jaén no quiere ni fábulas ni cuentos,
ni distancias de siglos,
ni cadenas que opriman al milenarío olivo.
Los pueblos son lo que sus hijos quieren,
y nosotros queremos alzar el corazón
y abrir para Jaén
un sendero de gloria que nos lleve al futuro.
Ser el Norte del Sur, la puerta del progreso,
porque también, nosotros, por ley, nos merecemos
un lugar junto al pan, la flor y la esperanza.

LAUS DEO.

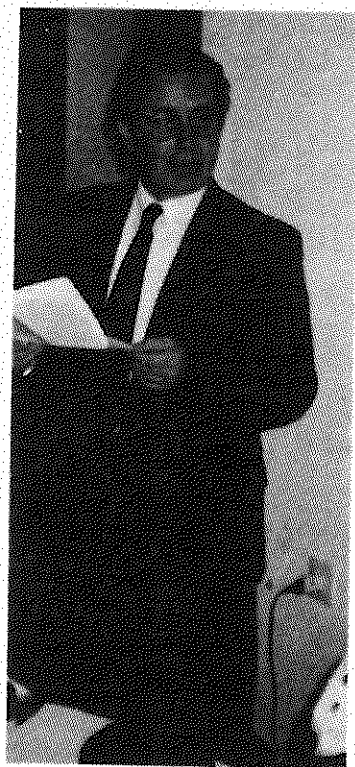
Jaén,.....no se cuando.

En tales menesteres habríamos continuado prolongando la charla y las intervenciones, durante más y más tiempo. Alguien —sin embargo— discretamente alertó de lo avanzado de la hora: las dos de la madrugada. Esta circunstancia temporal fue la única culpable de privarnos de un grato complemento musical, que tenía previsto y preparado nuestro cofrade Pedro JIMÉNEZ CAVALLÉ. Ya en la CENA JOCOSA del anterior año 91* tuvimos la satisfacción de disfrutar, durante unos cortos minutos, con la audición de una

cantata del s. XVIII del maestro de capilla de la catedral giennense, Juan Manuel DE LA PUENTE. En esta madrugada íbamos a escuchar otra cantata del mismo compositor, pero... Yo —no obstante— no he consentido en vernos privados, al menos, de la introducción literaria ni de su partitura. En otro momento podremos oírla gracias al disco del conjunto barroco *Al aire español*.

Mi intención en esta noche (como lo he realizado en años anteriores) es una vez más ponerle a esta cena un poco de música. Sé que no es necesaria, ni para caldear el ambiente, que ya lo está de por sí, ni para subir el elevado tono en qué ella se mueve; el variado mosaico de los trabajos que aquí se leen se encargan de ello. Sin embargo, mi condición de músico, por una parte, y el deseo de que nuestra música, la de Jaén, se conozca cada vez más, por otra, me obligan a hacerlo.

Vamos a seguir escuchando alguna pieza más del autor que ya nos acompañó en la edición anterior y del que la ejemplar crónica de Antonio Martínez Lombardo que hemos podido oíear, se hace eco. El autor era Juan M. de la Puente, maestro de capilla de la catedral de Jaén de 1711 a 1753. Su música estaba compuesta para ser interpretada por la capilla de música de nuestra catedral. Y de ella quiero hablar, porque a la postre lo que vamos a escuchar, interpretado actualmente por el conjunto barroco *Al aire español*, tuvo como primer destinatario, este conjunto existente en nuestra ciudad y más concretamente en nuestro primer templo, el de la catedral de Jaén, durante la primera centuria del siglo XVIII.



La capilla de música es el conjunto vocal instrumental, compuesto de cantores y ministriles, apto para cantar y tocar música polifónica. No hay que confundirlo (como a menudo se hace) con el coro,

encargado de interpretar el canto gregoriano. Si la capilla de música estaba dirigida por el maestro de capilla, el coro lo estaba por el sochantre.

Nuestra capilla musical, la de nuestra catedral, podemos decir que nace en 1536, año en que el Papa Paulo III crea una ración para su director, el maestro de capilla. En el primer libro de actas, el de 1540, ya se habla de cantores y ministriles.

De aquel tiempo hasta llegar a la época de nuestro maestro, la capilla lógicamente ha ido evolucionando de acuerdo con la estética de cada tiempo y con las posibilidades económicas de la iglesia que la creó, y a quien le prestó un constante mecenazgo que sólo se perdió a mediados de nuestra centuria.

Si al principio observamos la aparición de instrumentos como las chirimías, el bajón, el sacabuche, las flautas (estas, en menor grado), en el siglo XVII se incrementará con diversos instrumentos de cuerda: víhuelas de arco, guitarras, violines, violoncelo, arpa. Al llegar el siglo XVIII, la época del maestro de la Puente, la capilla de música estaba formada por los violines (2 o 3) y los oboes, que sustituyeron gradualmente a las chirimías, como instrumentos melódicos; el bajón (en número de 4 o 5) y el violón, como instrumentos graves; y el arpa (en número de 2) o el clavecín, encargados de realizar armónicamente el bajo continuo, de acuerdo con la estética barroca del momento. También existían el clarín, la corneta y el sacabuche, instrumentos de metal, que debieron tener un papel aparte del que se asignaba al resto de los instrumentos como acompañantes de las voces.

A pesar de esta plantilla, más o menos numerosa, no se empleaban sino pequeños grupos instrumentales, agrupaciones de cámara para acompañar el canto. El maestro de la Puente usaba preferentemente un conjunto compuesto de varios violines, a veces oboes, un bajón o un contrabajo, y el acompañamiento de cello y arpa.

En cuanto a las voces existían, al menos, 1 o 2 tiples, 2 o 3 contraltos, 3 o 4 tenores, y el bajo debió hacerlo la voz de sochantre. Aparte de éstos intervendrían los seises para completar la primera cuerda. En ella hay que destacar la presencia, en ocasiones, de alguna voz que venía empleándose desde principios del siglo XVII, como es la voz de los castrati, llamada en nuestras iglesias voz de "capón".

* Vide CRONICA JOCOSA DE 1991, p. 29 ss.

En la nómina de músicos de voces y de instrumentos que recojo de esta época sólo quiero mencionar algunos nombres; sin lugar a duda, ellos fueron los primeros destinatarios de la música del maestro de la Puente.

Si entre los instrumentistas podemos mencionar nombres como el de Luis Francisco López de Contreras o Juan Moreno de Guzmán, intérpretes de bajón; Andrés de Hornos o Juan Bermúdez, como violines; Eufrasio Díaz o Baltasar Ibáñez, como oboes; Pedro Vera o Francisco de Martínez y Agustín Sánchez, como tiples, alguno de ellos o quizás los dos, con voz de capón ("tiple permanente"); Antonio de Arteaga o José Antonio Escobedo, como contraltos; Blas de Santiago o Miguel de Armenteros, como tenores; y los sochantres Sebastián Delgado o Martín Salido, que harían de bajos.

De ellos yo quisiera destacar al que hemos citado en primer término: Luis Francisco López de Contreras, bajonista, con más de 40 años de servicio a la catedral, y miembro de una familia de músicos. Nació hacia el año 1678; en 1698 ingresó como bajonista y violista en la referida iglesia; hacia 1705 casó con María Ibar. Desde 1717 contrae la obligación de enseñar a los seises a tocar el bajón; fruto de ello serían alumnos como Tomás Antonio de Torres, músico al servicio de nuestra iglesia. Su hijo José Antonio fue también bajonista de la misma.

Hay dos actas capitulares que se refieren a este músico: una en 1712, en que se le llama la atención por tocar el violón sentado en las fiestas del Corpus, lo cual suponía una "indezencia", por lo que el cabildo determinó que lo hiciese de pie "y si no discurriere forma de tocarlo en pie, no use del ni le toque, sí del bajoncillo".

Otra en 1730 cuando se acuerda que, aunque no asista con la capilla de música a las fiestas que se celebren fuera de la catedral, se le dé su parte "en atención a la grande avilidad de este ministro y lo vien que ha servido su ministerio".

También hemos encontrado un escrito, no tan positivo; en él se dice cómo en el año 1738, cuando había superado los 60 años de edad, se encontraba preso en la cárcel episcopal de Jaén, sin que sepamos el motivo de ello.

Como homenaje a estos nombres y a otros que no tienen cabida en esta limitada reseña de los músicos de la catedral, durante esta

Viva viva
 Viva
 Viva sin fin sin
 tante viva viva sin sin fin

X Cantata Coro. Al. 1^{mo} año 1924 M.° Puente

ve reo pusa ninjos q' son ocos cantais penetrando co fera glacia de hielamento publico
 e su pueto q' del Cielo local boze de acañ Genamora brava de este Cielo bre bezix Comenonir

época, vamos a escuchar una pieza de la cantata de Juan M. de la Puente.

Cantata con violines al Santísimo: "Etéreos paraninfos", 1724.

*Yntroducción: Etéreos paraninfos
que sonoros cantais
penetrando esferas
glorias del sacramento publicais.
Publiquen veloces
trinados i bozes
que no puede Dios
quebrar eslabones
doradas prisiones
que forjó el amor.
Supuesto que del cielo
los albores dexais
y en amor abrasados
este círculo brebe zircundais.
Publiquen...*

EL FINAL

Llegó el final. Había que decirse adiós, aun a costa de la lógica renuencia por lo grato de las horas convividas. Para eso, de nuevo nuestro ilustre Prioste, Pedro CASAÑAS, tomaba la palabra y nos despidió en estos términos:

Amigos: Antes que las notas del Himno a Jaén pongan el punto final a esta querida y ya tan tradicional Cena de Santa Catalina, entiendo que es justo, al igual que equitativo y por supuesto muy saludable, el mostrar una vez más la gratitud, el más rendido reconocimiento de esta Confraternidad de Amigos de San Antón,

hacia la mujer que con la mayor naturalidad y sencillez, sin ostentación, con espontáneo desprendimiento y en gesto de cordial amistad y generosa hospitalidad, ha hecho posible la velada que ahora culminamos.

Ha sido una velada larga a la vez que pródiga en distendidas conversaciones, abundosa en comunicaciones, de charlas interesantes y sabrosos comentarios; todo ello, y esto es muy importante subrayarlo, es un signo inequívoco de la buena salud fraterna de que goza la Asociación. Han sido muy afectivas y deleitosas vivencias que ahí nos quedan para nuestro regusto y recuerdo, recuerdos que después revivimos repasando las sabrosas crónicas; pero, como decía al principio de la noche, mirando de un soslayo que no nos lleve a estancarnos en el recuerdo, que sea siempre mirando hacia delante y pensando ya en la próxima cena, la Cena de 1993.

Amigos, es la hora de dar fin a este entrañable encuentro, y lo haremos antes de que el canto del gallo nos anuncie un nuevo día.

Así pues, ya que hemos cenado tan bien y con tanto gusto, creo que es justo que dejemos el acto acabado, y lo hacemos no sin antes reiterar de nuevo a Cari la gratitud por haber prestado estas señeras estancias para la Cena de 1992, pidiéndole a la vez todas las disculpas por la descomposición mobiliaria que hemos ocasionado en este su "conventico".

Gracias, Cari: tu nombre y tu gesto quedan estrechamente unidos en el afecto, la amistad y la gratitud de esta Confraternidad, Muchas gracias".

Como es tradicional y protocolario en nuestra CENA JOCOSA de cada año, se entonó el *Himno a Jaén*, pero los asistentes lo desentonamos hasta lo indecible. ¡Mal fin para un tan buen acto! ¿Por culpa del excesivo yantar, de lo intempestivo de la hora...? No sé. (Conforme se hizo en anteriores ocasiones, mejor convendría escucharlo en cinta o en disco —acompañándolo a lo sumo "sottovoce"—, en lugar de "fusilarlo", como realmente hicimos).

Pero este desentonado final no restaba —en absoluto— nada a la alegría y satisfacción compartidas a lo largo y ancho de tan grata velada. El "adiós" y el "hasta el año que viene, si Dios quiere" se

repetía una y otra vez, con sinceridad y afecto de auténticos amigos y cofrades.

La mañanera y suave brisa del día 25 (festividad de nuestra copatrona giennense Sta. Catalina de Alejandría) nos acarició ya en plena calle. El silencio propio en esas horas de la madrugada vino a sumarse al mutismo pacífico, casi monacal, en esa collación de Sta. María. Las silenciosas palabras de lenta despedida acompañaron a nuestras pisadas, conforme se iban alejando acompasada y radialmente del solariego e inolvidable "conventico" de Cari MIRALLES. ¿Gracias por todo, y muy bueno y feliz día de Sta. Catalina!

* * *

COLOFÓN

Así transcurrió festivamente esta CENA JOCOSA del año 1992, año carismático por el V Centenario del descubrimiento y evangelización de América. Por lo menos, así la ví yo, la conviví y compartí con mis amigos, colegas y cofrades de la Confraternidad de *Amigos de S. Antón*.

Y dado que, de manera oficial y unánime, había sido designado por la dicha Confraternidad como Relator o Cronista de este gozoso evento, me he permitido redactar la presente CRÓNICA con fecha 24 de noviembre del antedicho año de gracia 1992. Todo ella y cualquiera de sus apartados e incisos los someto —con sincera humildad y profundo acatamiento— al justo parecer y censura de nuestra honorable Confraternidad. Espero y confío en que merezca y obtenga el honor de verse favorablemente informada y censurada. Y en lógica consecuencia de ello, le sea otorgada, en su día, la necesaria y oportuna Licencia de impresión y el correspondiente Privilegio.

Por último, y para que de ese modo conste a los efectos que hubiere lugar, firmo la mencionada CRÓNICA de la CENA JOCOSA del 1992 (celebrada en la señorial mansión de D^a Caridad MIRALLES RECALDE, sita en la calle Llana de Sta. María, bajo el n^o diecinueve), en Jaén, durante el caluroso verano de este año de gracia de 1993, en mi condición de *Cronista Oficial* de la misma.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI.



San Antón.- Grabado popular.

ADDENDA

Lo que por falta de tiempo no pudo decir Antonio Martos García.

A JUAN MIGUEL JIMÉNEZ; AMIGO DE TODOS Y UN HERMANO PARA MUCHOS

Amigos:

Remedando al poeta, podríamos decir que noviembre parte por gala en dos a otros tantos meses en los que nuestra ciudad celebra fiestas muy principales.



Ocupádonos de la primera, Feria y Fiestas de San Lucas, y contando con vuestra licencia, quisiera traer a colación recuerdos de cómo se vivían unas fiestas tan distantes en el tiempo, como distintas en su transcurrir.

Ligadas íntimamente a la climatología, había años en los que Jabalcuz se enmonteraba, señoreándose de las calles un viento arrebatacapas que tan bien nos describiera el recordado Rafael, que hacía que, parapetados tras los cristales del balcón de larga falleba y postigos de madera, miráramos ansiosos al cielo en espera de una mejoría, mientras que las gotas de lluvia golpeaban furiosas y una madre se lamentaba del mal tiempo que tanto perjudicaba a los pobres feriantes, alguno de los cuales, a buen seguro, había visto ponerse tablas arriba su endeble caseta.

Otros años, se presentaba con el cariz de un otoño suave y en ocasiones, algo caluroso.

Las doradas hojas de los álamos de los ribazos, contrastaban con el pardo oscuro de la tierra regada por las primeras lluvias, mientras que los zumaques hacían rojear las laderas de Jabalcuz y los Zumeles.

Y era en esos días, en los que muy de mañana, se pedía ser «arreglado» para lanzarse a la calle a vivir unas fiestas que de antemano se prometían resultar inolvidables, y que tenían en la misma calle su máxima expresión.

Salvado este primer escollo, el del «arreglo» (Semana Santa y feria eran fechas propicias para el estreno de calzado y ropa) con el alma ligera y cierta torpeza en los pies por mor de los zapatos nuevos, se subían los escalones de la alta y embarandada acera de la Carrera, encontrándose con larga fila de aficionados a los toros que adquirían sus localidades en las taquillas habilitadas en la ferretería «La Campana».

Desde allí, y como presidiéndolo todo desde lo alto de la calle, se divisaba la figura de Diego embutido en blanca chaquetilla y repitiendo continuamente: «Camarones, camarones...»

Poco más arriba, y bajo el primer arco de los soportales, la hojalatería de Joaquín, donde en chisporroteante fragua, se calentaban soldadores con los que se estañaban alcoyas de lechero o se fijaban «culos» nuevos a las ánforas que habían de contener el aceite de la ya próxima cosecha, amén de los remiendos echados a desconchadas ollas de porcelana.

A continuación, la «Pensión Martín» y entre ambas, una repeinada viejecita arrebujaada en brillante chal, ciudaba de un carrillo de madera pintado en marrón oscuro sobre el que se exhibían las últimas novedades en «tebeos»: «Flechas y Pelayos», «Roberto Alcázar y Pedrín», «Juan Centella»...

Y en el último rincón, la marmolería de Herrera, donde varios operarios, a golpe de mazo y cincel, esculpían bajo piadosa imagen en lápidas de mármol, los nombres de los últimos fallecidos. La espalda encorvada, tal vez por el peso de su soledad, la mirada errante y rapada se deforme cabeza, «Pepinico» transita Carrera arriba ajeno al ir y venir de la gente, mientras encaminamos nuestros pasos hacia la plaza «Vieja» o de San Francisco. Allí, el espectáculo estaba asegurado.

Cercano a los entonces existentes urinarios, bajo la atenta

mirada de un público endomingado, la mayoría proveniente de los pueblos cercanos y que tenían su asiento en la próxima posada de «La Parra», se podía ver cómo un personaje de mediana edad, barba de la que no se había acordado en muchos días, vestido con remendado pantalón y raída chaqueta de abultados bolsillos, prometía de forma solemne que aquella milagrosa pomada, salida de la grasa de lagarto, y que ofrecía por pocos céntimos, era capaz de curar todo lo que le pusieran por delante, poniendo en ello la misma fe que el Ingeniosos Hidalgo guardaba para los bálsamos de Fierabrás.

Sobre devencijada silla, una maltrecha maleta de cartón que en tiempos quiso aparentar ser de piel, y en cuya hundida tapa, dormitaba un enorme lagarto, que de vez en cuando era requerido por aquel hombre en demanda de un beso, lo que hacía sacando la lengua para, de forma temeraria, acercarla a tan erizada barba. A veces, y bajo la ávida mirada de los hombres asistentes, una mujer de alta estatura, estallante pechera y prominente trasero, mojaba de vez en cuando en el agua que contenía una desconchada palangana, una muñecuela con polvos y con la que después se daba en la cabeza, asegurando que su larga y frondosa cabellera, que llevaba suelta, era la consecuencia de aquél tratamiento, que haría brotar el cabello de la más contumaz de las calvas, en unos pocos días.

Tanto el agua de la palangana, como la cabeza de la mujer, estaban sospechosamente blancos, por lo que más de un mal pensado, colegía que dentro de la muñecuela no había otra cosa que abayalde.

En otras ocasiones, una muchacha joven, casi una niña, a la que prácticamente le faltaban los brazos, usaba los pies para escribir, dibujar o hacer labores con agujas y lana, lo que levantaba oleadas de admiración, prontamente reprimidas mediante estratégica retirada, tan pronto se escuchaba el tintineo de algunas monedas sobre pedigüeño platillo.

Al amparo del Callejón de Las Flores, notable colección de tullidos exhibían sus carencias o malformaciones, no faltando el que imploraba limosna mediante cantos en los que aseguraba que el brazo o la pierna que le faltaba, lo había perdido trabajando en la mina.

Cercano a los buzones del edificio de Correos y Telégrafos y sostenido por la pared, un hombre sufría el continuo movimiento de su cuerpo. De él decían que tenía el «mal de San Vito».

En la puerta del café «San Francisco», engarfiando una sucia mano sobre el hombro de un desharrapado lazarillo, un ciego, con quebrada voz y las vacías cuencas de sus ojos mirando al cielo, cantaba un romance de amor y de muerte.

Frente a la carnicería de Tirado, un trapero daba un "bulao" de papel o unas algarrobas más duras que el pedernal, a cambio de una piel de conejo o unos destrozados alpargates de suela de goma.

Se escuchaba el manorítmico tintineo del instrumento manejado por un quincallero que, junto con su burro, había venido de Lucena, y un torrecampeño entraba en el «Bar Principal» ofreciendo su mercancía con el clásico pregón de «totaillos tiernos» y «garbansos totaos», mientras que la dependencia de las tiendas de «Garach» y «El Capricho», se afanaban por atender a la numerosa clientela.

Cestas de mimbre sobre caballetes de tijera, ofrecían varas de paluduz y trozos de caña de azúcar pregonados como «cañadú», no faltando los vendedores de unos peguntosos caramelos hechos de azúcar tostada y que debido a su tamaño, eran conocidos como «adoquines» o «esjarrabocas».

Junto a la acera que corría paralela a la verja de la Diputación, había carrillos de sucias y rotas tablas, mientras sus dueños, con una sogá terciada sobre sus espaldas, aguardaban ser contratados.

Bordeando dicho edificio, y entrando por el angosto espacio que dejaba la esquina de este palacio con la casa de D. Rafael Jaén el sombrerero, sitio que al atardecer sería ocupado por Enrique, que pregonaba sus avellanas con un peculiar «van qui quemán», uno encaminaba sus pasos hacia la plaza del Mercado, no sin antes haber tenido la suerte de toparse con notable personaje de alta estatura, monda cabeza y hundidos ojos que, dócil como un corderillo y humildé como ursulina, seguían a una monja de la cercana «Gota de Leche», de aquellas que cubrían su cabeza con tan amplio tocado que las obligaba a entrar de canto por las puertas.

Insensible a cuantos requerimientos se le hacían, desaparecía en la cercana Institución, privándonos del placer de escucharle aquellos gloriosos eructos que tanta fama le habían reportado, lo que

hacía con pasmosa facilidad, siempre que no hubiera monja a la vista y en cuanto alguien le dijera lo de: «Tragalitros, echa un nuo».

En los soportales del palacio de los Vilches, algunas mujeres regateaban el precio de canastas, cestos o andadores de mimbre, al tiempo que un vendedor de pequeños muchequillos, accionaba por medio de hilos a uno de ellos y lo pregonaba como «Don Nicanor tocando el tambor».

Otro, a su lado, depositaba pequeños artilugios sobre el agua que había en un barreño, voceándolos como «el barquito atómico. En una fuente o palangana con agua, se pone a navegar y no se para».

Sensible a tales tentaciones, uno acariciaba los escasos caudales y ofrecía numantina resistencia a su gasto. El día era largo y la feria aún más. Mientras, aquellos barquitos brujuleaban sobre la tersa superficie del agua, dejando tras de sí una estela de pequeñas burbujas.

De la posada «El León», gentes luciendo ropas nuevas y llevando a niños de la mano, se dirigían a los cercanos jardines para ser retratados por los fotógrafos allí instalados, subidos los niños sobre briosos corceles de cartón y teniendo como fondo un telón que representaba idílico paisaje o la fuente dedicada al Sr. Flores cuando no la clínica de D. Fermín Palma.

En la parte opuesta, las fachadas de la Económica y el Cervantes.

Siguiendo la acera, la marmolería de Gutierrez y el despacho de billetes de «La Pava», donde los hermanos Fernández se apresuraban a atender a retrasados viajeros con destino a Madrid. Pozo, mozo de cuerda de corta estatura y voluminoso cuerpo, aguantaba con mirada mansa y estoico carácter, que los chiquillos, acosándolo como tábanos, le llamaran una y otra vez «Foca». Más arriba, y haciendo chaflán, las taquillas del Cervantes presididas por una pizarra de hule en la que de forma artística, se anunciaba el título de la película. Allí era normal encontrarse con alguien repartiendo «argumentos» referidos a dicha película, y en el vestíbulo, pinchadas sobre las tablas del paramento, numerosas fotografías daban fe de las distintas situaciones por las que pasaba la película en cuestión.

A derecha e izquierda del vestíbulo, se abrían otras tantas puertas de acceso al «Ideal Bar».

Por la izquierda, se accedía a la parte que daba a la Carrera y por la derecha a lo que se conocía como salón, provisto de amplios ventanales casi colgados sobre la llamada «Plaza de las Palmeras».

Allí y aculados sobre la misma, unos renqueantes vehículos accionados por gasógeno, entoldados y con la trampilla trasera abierta, dejaban ver sobre ella a unos vociferantes personajes conocidos como «charlatanes», que ofrecían enorme rimero de mercancía a precios increíbles y por la que empezaban diciendo que no iban a cobrar «ni quince, ni catorce, ni trece, ni doce ni diez», al tiempo que seguían poniendo sobre el extendido brazo, artículos que iban sacando del insondable fondo del vehículo, rematando casi siempre tan tentadora oferta con una maquinilla de afeitar o un peine, todo ello, de la mejor calidad. Faltaría más.

Unos zagalones de granujientas caras, a los que pomposamente llamaban «secretario», se encargaban de servir de enlace entre los subidos en los vehículos y los compradores.

Si después, de los cortes de traje era incapaz el mejor de los sastres de sacar un pantalón no muy grande, o si las extraordinarias mantas apenas si cubrían una cuna, era algo que no admitía reclamación.

Insensible a todo esto y recostado sobre los escalones del monumento a D. Bernabé Soriano, «Pepe el Largo», con el labio inferior caído y descansando la cabeza sobre el pecho, descabezaba plácido sueñecito, dando así un respiro a su azacaneada existencia.

A la puerta de la Delegación de Hacienda, y como queriendo calmar sus ansias recaudadoras, un sujeto empuñaba el dorado manubrio de un organillo conocido como «el piano de la Coja» y del que salían los alegres sonos de un pasodoble, mientras su dueña, con una muleta de palo más larga que la pierna natural, se movía con desenvoltura entre la gente, a la vez que presentaba un platillo de aluminio con el que recogía las dádivas.

Cuando terminaba, de ágil salto se subía sobre uno de los varales del carro al tiempo que arreaba al encascabelado jumentillo, el que con ligero trote, buscaba nuevo lugar donde volver a ofrecer su concierto.

El gentío era enorme, y los escasos automovilistas se las veían y

deseaban para poder repostar gasolina en los dos surtidores que había en la plaza.

En el gran patio del «Parador Nuevo», se registraba un bulle bulle de personas venidas de fuera sobre destartados autobuses.

En la taberna de Paco, paredaña con dicho patio y de cuyo edificio formaba parte, el dueño, con unos cuantos amigos, hacía las delicias de las concurrencia tocando de forma acertada sus instrumentos de cuerda.

Por allí andaba «Bedrines», casi tan alto como la garrota que lo sustentaba y llevando algún sobre con destino a «Los Niños» o a «La Casa de las Medias», con pedido de algún comerciante de la provincia.

El «café Marfil» llamado antes «Ibori», había instalado en la calle sus oscuros veladores y allí, hombres vestidos con largos blusones, abrían o cerraban tratos hablando en duros o en reales.

Siguiendo la acera, había que soslayar a la mucha gente parada a la entrada de «Almacenes Antón», en busca de alpargatas o unos metros de cuerda. Sobre sus cabezas y a modo de divisa, campeaba enorme ejemplar de calzado, mientras en la acera opuesta, los autobuses de la «Alsina Graells» dejaban su carga de pasajeros.

La estrecha entrada de la entonces llamada calle de Julio Burell, que luego se ensanchaba, ponía en comunicación esta plaza con la Puerta Barrera, y a partir de ahí, con los caminos de Madrid y Granada.

A su izquierda, y conforme se entraba por la Plaza del Mercado, las tabernas de Millán, Asensio «El Seco» y la de Toledano, saciaban la sed de la clientela. En la del «Seco» el ambiente era de fútbol y de toros en la de Toledano. De una a otra, con su cesta de cangrejos cocidos bajo el brazo, «Mazzantini» ofrecía su mercancía.

De la calle Rastro, y salidos de la posada del «Santo Rostro», gentes forasteras se incorporaban a la mucha que por allí circulaba, haciendo más de uno parada en la albardonería que Cubero tenía instalada en dicha calle.

Pasada la esquina, el taller de reparación y alquiler de bicicletas de los Ozaez, registraba febril actividad, al tiempo que en «La Noveldense» se acogía a forasteros recién llegados. Más abajo, una

pronunciada cuesta llevaba a una clínica veterinaria, donde bestias sujetas a ronzales, guardaban turno para ser herradas.

En la acera de la derecha, un penetrante olor a cuero salía del establecimiento de Collar, dedicado a la venta de calzado y piezas de cuero curtidas, así como de las guarnicionerías de Morago y Cubero, destacando en la fachada de esta última dos hermosas cabezas de caballo, enjaezadas con otros tantos soberbios cabezales.

Cercanas a la puerta y apiladas una sobre otra, se exhibían preciosas sillas de montar así como grandes mazos de garrotas. En la misma acera, las talabarterías de Ballesteros y del «Maestro Merengue», ponían a la puerta de sus establecimientos un buen número de albardas y atalajes. A la vuelta, y ya en el camino de Granada, «Panza Perra» exponía rimero de espuestas de esparto y grandes haces de varas de avarear.

Por el centro de la vía, entre voces, restallar de látigos y arrastrar de garrotas, se movía gran cantidad de ganado que se dirigía a la cercana feria.

Aparcado frente a la «Posada del Fraile», un carro de regular tamaño, tirado por bestia de poca alzada, era celosamente guardado por un individuo de rostro picado por la viruela que, portando larga y flexible vara, era capaz de medir las costillas del más pintado a poco que se atreviera a decirle: «Enrique, tu mula tiene sarna, mañana se te muere».

Posada que en aquellas horas de la mañana registraba gran afluencia de público y donde hacía parada el cosario de La Guardia cuando llegaba con su carro tirado por una bestia.

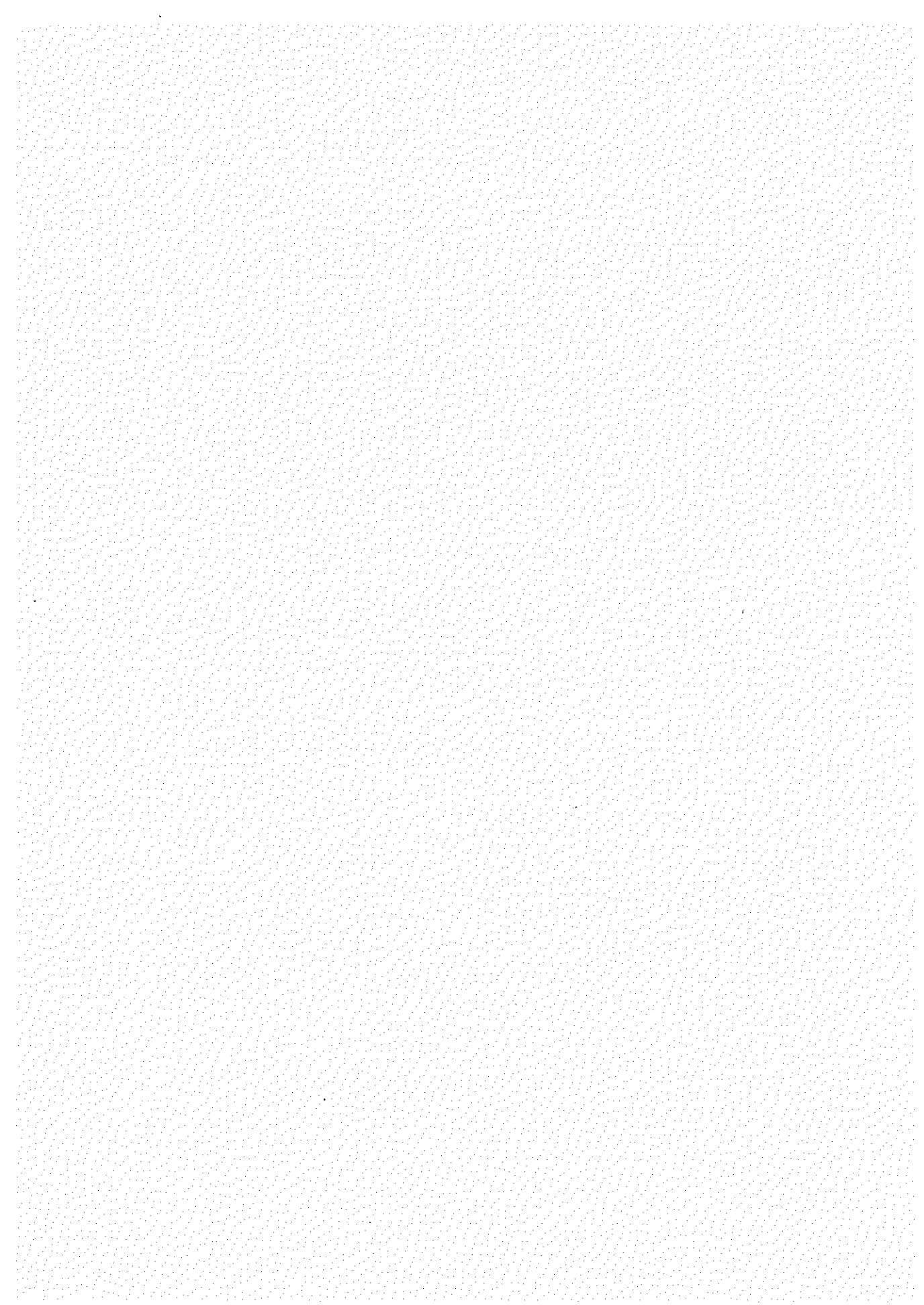
Los ojos rojizos y pitarrosos, y toda la mugre del mundo sobre su menguado cuerpo, iba ofreciendo con voz chillona su mercancía un vendedor de leznas y almanaques zaragozanos.

Contemplando todo aquel ajeteo, tanta cara nueva y tanta nueva sensación como salían al paso, cualquiera perdía la noción del tiempo, por lo que se hacía preciso avistar al poseedor de orondo vientre cruzado por cadena de oro o plata y que guardaba en un bolsillo del chaleco hermoso reloj.

A la vista de la hora, había que poner apresurado rumbo a casa, no fuera a caer castigo que impidiera seguir viviendo la feria.

Por lo mismo, y para no haceros sufrir por más tiempo mi incontinencia verbal, dejo para mejor ocasión el contaros lo que suponía girar visita a lo que el periódico local, en un alarde de imaginación, calificaba como el «Real de la Feria».

Hasta entonces, muchas gracias.





COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LA MUY NOBLE, FAMOSA Y
MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN, EN LOS
TALLERES DE GRÁFICAS CATENA,
DE JAÉN, EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE
DE 1993, FESTIVIDAD DE
SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA.



ALCO CER
176



25
Noviembre
de 1992